

La Unión Europea como agente de paz: contradicciones y desafíos para el s. XXI

José María González Zorrilla

Jo Leinen

Joana Abrisketa

Francisco Aldecoa

Juan José Álvarez

Mikel Anton Zarragoitia

Carmelo Barrio Baroja

Joxerramón Bengoetxea

Garbiñe Biurrun

Eusebio Cadenas

María Jesús Cava

Cristina Churrua

Noé Cornago

Consuelo Crespo Bofill

José Luis de Castro

José Luis de la Cuesta

Nicolás de Miguel

Bakartxo Tejeria

Javier Elzo

Igor Filibi

Eusebio Gainza

M^a Carmen Gallastegui

Ángel García Ronda

Josu Juaristi

Lorena López de Lacalle

Mikel Mancisidor

José Martín y Pérez de Nanclares

María Oianguren

Beatriz Pérez de las Heras

João Diogo Pinto

José Poza

Javier Uncetabarrenechea

EUROBASK

Europako Mugimenduaren Euskal Kontseilua
Consejo Vasco del Movimiento Europeo

La Unión Europea como agente de paz: contradicciones y desafíos para el s. XXI



EUROBASK

Europako Mugimenduaren Euskal Kontseilua
Consejo Vasco del Movimiento Europeo

www.eurobask.org



HEZKUNTZA, HIZKUNTZA
POLITIKA ETA KULTURA SAILA
DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN
POLÍTICA LINGÜÍSTICA Y CULTURA



KANPO HARREMANETARAKO
IDAZKARITZA NAIGUSIA
SECRETARÍA GENERAL
DE ACCIÓN EXTERIOR



Arabako Foru
Aldundia
Diputación
Foral de Álava



Bizkaiko Foru Aldundia
Diputación Foral de Bizkaia



Gipuzkoako Foru Aldundia

COMITÉ ORGANIZADOR:

EUROBASK

Europako Mugimenduaren Euskal Kontseilua
Consejo Vasco del Movimiento Europeo

Presidente: José María González Zorrilla
Vicepresidente: Igor Filibi
Vicepresidenta: Lorena Lopez de Lacalle
Vicepresidente: Ángel García Ronda
Vicepresidente: Carmelo Barrio

Vicepresidente: Nicolás de Miguel
Vocal: Eusebio Cadenas
Vocal: Eusebio Gainza
Vocal: José Poza
Directora Técnica: Isabel Aspe-Montoya

Edición: Marzo 2013
Tirada: 1.200 ejemplares
© EUROBASK
Europako Mugimenduaren Euskal Kontseilua
Consejo Vasco del Movimiento Europeo
Internet: www.eurobask.org
Edita: EUROBASK
Europako Mugimenduaren Euskal Kontseilua
Consejo Vasco del Movimiento Europeo
Fotocomposición: SACAL
Impresión: SACAL
ISBN: 978-84-695-7231-3
D.L.: VI 221-2013

COLABORAN EN ESTA EDICIÓN:

Parlamento Vasco.
Secretaría General de Acción Exterior. Gobierno Vasco.
Departamento de Educación, Política Lingüística y Cultura. Gobierno Vasco.
Diputación Foral de Álava.
Diputación Foral de Bizkaia.
Diputación Foral de Gipuzkoa.

La Unión Europea como agente de paz: contradicciones y desafíos para el s. XXI

Índice

Presentación.

JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ ZORRILLA	9
<i>Presidente de EUROBASK.</i>	

Introducción.

La Casa Europa.

BAKARTXO TEJERIA OTERMIN	11
<i>Presidenta del Parlamento Vasco.</i>	

Premio Nobel de la Paz: un estímulo para trabajar por una mayor integración europea.

JO LEINEN	13
<i>Presidente del Movimiento Europeo Internacional (EMI).</i>	

Artículos.

La Unión Europea: una presencia frágil en el mundo.

JOANA ABRISKETA.....	15
<i>Vicedecana de Investigación y Relaciones Internacionales. Facultad de Derecho. Universidad de Deusto.</i>	

Un Nobel justo y necesario pero tardío.

FRANCISCO ALDECOA.....	17
<i>Catedrático de Relaciones Internacionales. Universidad Complutense de Madrid. Catedrático Jean Monnet.</i>	

Globalización, crisis y UE: paz, futuro y esperanza.

JUAN JOSÉ ÁLVAREZ	19
<i>Catedrático Derecho Internacional Privado. UPV/EHU.</i>	

El Nobel de la Paz y la Unión Europea: un impulso en tiempos turbulentos.

MIKEL ANTON ZARRAGOITIA.....	21
<i>Delegado para la Cooperación Transfronteriza. Gobierno Vasco.</i>	

Por la paz, un ¡Viva Europa! CARMELO BARRIO BAROJA	23
<i>Vicepresidente de EUROBASK (PP).</i>	
UE: Europa, desde una paz “serena” a una paz “dulce”. JOXERRAMON BENGOETXEA	25
<i>Profesor de Teoría Jurídica. UPV/EHU.</i>	
Unión Europea, paz y justicia social. GARBIÑE BIURRUN MANCISIDOR	27
<i>Magistrada de la Sala de lo Social. Tribunal de Justicia del País Vasco. Profesora de la UPV/EHU.</i>	
El rapto de Europa. EUSEBIO CADENAS	29
<i>Vocal de EUROBASK.</i>	
Ares y Tyr repudiados. MARÍA JESÚS CAVA MESA.....	31
<i>Catedrática de Derecho Comunitario Europeo. Universidad de Deusto.</i>	
El potencial de la Unión Europea como agente de paz. CRISTINA CHURRUCÁ MUGURUZA	35
<i>Directora del Máster Erasmus Mundus en Acción Internacional Humanitaria. Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe. Universidad de Deusto.</i>	
<i>Spleen en Bruselas.</i> NOÉ CORNAGO	39
<i>Profesor Titular de Relaciones Internacionales. UPV/EHU. Director del Máster en Cooperación Internacional Descentralizada: Paz y Desarrollo.</i>	
Pobreza y desigualdad como desafíos para la paz. CONSUELO CRESPO BOFILL	41
<i>Presidenta UNICEF España.</i>	
El modelo social europeo como relato del proceso de integración. JOSÉ LUIS DE CASTRO RUANO	43
<i>Profesor Titular de Relaciones Internacionales UPV/EHU. Cátedra Jean Monnet.</i>	
“Si quieres la paz trabaja por la justicia”: Unión Europea y Corte Penal Internacional. JOSÉ LUIS DE LA CUESTA ARZAMENDI.....	45
<i>Presidente de la Asociación Internacional de Derecho Penal (AIDP). Director de los Cursos de Verano. UPV/EHU.</i>	

Los europeos. NICOLÁS DE MIGUEL	47
<i>Vicepresidente de EUROBASK (UPyD).</i>	
Por el orgullo de ser europeo. JAVIER ELZO.....	49
<i>Catedrático Emérito de la Universidad de Deusto.</i>	
Un Premio Nobel para la paz estructural europea. IGOR FILIBI	51
<i>Vicepresidente de EUROBASK (EAJ-PNV). Profesor de Relaciones Internacionales. UPV/EHU.</i>	
La Unión Europea: un agente de paz o 27 voces con notables gallos. EUSEBIO GAINZA	53
<i>Vocal de EUROBASK.</i>	
Motivo de celebración. M ^a CARMEN GALLASTEGUI.....	57
<i>Catedrática de Fundamentos del Análisis Económico. UPV/EHU.</i>	
Unión Europea = Paz. ÁNGEL GARCÍA RONDA.....	59
<i>Vicepresidente de EUROBASK (PSE-PSOE).</i>	
¿Qué significa “común”? JOSU JUARISTI	61
<i>Periodista. GARA.</i>	
La imprescindible refundación de las instituciones europeas. LORENA LOPEZ DE LACALLE	63
<i>Vicepresidenta de EUROBASK. Secretaria de Relaciones Internacionales de Eusko Alkartasuna.</i>	
Polémicas en torno al Premio Nobel de la Paz. MIKEL MANCISIDOR	67
<i>Director de UNESCO Etxea – Centro UNESCO del País Vasco.</i>	
Europa está enferma... pero no muerta. JOSÉ MARTÍN Y PÉREZ DE NANCLARES	71
<i>Catedrático de Derecho Internacional Público. Universidad de Salamanca. Jefe de la Asesoría Jurídica Internacional. MAEC.</i>	

Finitud de la memoria y principio de solidaridad. MARÍA OIANGUREN IDIGORAS	73
<i>Directora de Gernika Gogoratz. Centro de Investigación por la Paz. Fundación Gernika Gogoratz.</i>	
La Unión Europea: un modelo de gobernanza regional, un actor escaso de seguridad global. BEATRIZ PÉREZ DE LAS HERAS	75
<i>Catedrática de Derecho de la Unión Europea. Universidad de Deusto.</i>	
La Unión Europea y el Nobel de la Paz: más vale tarde que nunca. JOÃO DIOGO PINTO	77
<i>Secretario General del Movimiento Europeo Internacional (EMI).</i>	
Un Premio Nobel para Erasmus. JOSÉ POZA	79
<i>Vocal de EUROBASK.</i>	
Un reconocimiento justo, tardío y... ¿contraproducente? JAVIER UNCETABARRENECHEA LARRABE	81
<i>Doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Especialidad Ciencias Políticas. Profesor de Relaciones Internacionales. UPV/EHU.</i>	

PRESENTACIÓN

José María González Zorrilla
Presidente de EUROBASK

En medio de una profunda crisis económica, social y financiera, el Movimiento Europeo Internacional acordó, en mayo de 2012, solicitar la concesión del Premio Nobel de la Paz a la Unión Europea, en reconocimiento a la extraordinaria aportación del proceso de integración europea a la paz y la reconciliación en el continente.

En 12 de octubre de 2011 se hacía pública la concesión de tan preciado galardón a la Unión Europea y el presidente del Comité del Premio Nobel, Thorbjørn Jagland, resumía las razones que habían justificado su decisión: “El atroz sufrimiento de la Segunda Guerra Mundial demostró al mundo la necesidad de una nueva Europa. Durante un periodo de 70 años, Alemania y Francia combatieron en tres guerras. Hoy día una guerra entre Alemania y Francia es impensable. Esto demuestra cómo, por medio de esfuerzos bienintencionados y construyendo una relación de confianza mutua, los históricos enemigos se han convertido en estrechos aliados”.

Tras la sorpresa habitual, se ha originado un debate en la sociedad europea sobre la conveniencia y lo acertado de este Premio, en el que se ha producido cierta confusión entre los objetivos y los éxitos de la Unión Europea como promotora de paz, y los fracasos e intervenciones bélicas que se han realizado a iniciativa de algunos países miembros y sobre las que la UE no cuenta con ninguna capacidad de decisión.

Es por ello que EUROBASK ha considerado necesario lanzar un debate en la sociedad vasca que se centre, verdaderamente, en los éxitos, las contradicciones y los desafíos para la UE como potencia de paz en el s. XXI.

Un debate que, sin querer marginar las críticas que todo proceso social, económico y político necesita para su avance, pretende también subrayar los méritos que ha realizado la UE durante más de 60 años para recibir este importante reconocimiento internacional.

Para participar en este debate, EUROBASK ha elegido a representantes de la sociedad vasca y expertos en los temas europeos quienes, en unos breves pero brillantes artículos, han aportado su opinión y análisis sobre el Premio Nobel de la Paz concedido a la UE.

Esperamos que la lectura de estos artículos sean de interés para los lectores y contribuyan a fortalecer el compromiso de la sociedad vasca con los valores europeos de paz, libertad, democracia y derechos humanos.

LA CASA EUROPA

Bakartxo Tejeria Otermin
Presidenta del Parlamento Vasco

El 10 de diciembre, como es tradición, la Rathaus de Oslo, el Ayuntamiento de la capital de Noruega, se convirtió en el escenario de la entrega del Nobel de la Paz, concedido en 2012 a la Unión Europea. El Comité Nobel del Parlamento Noruego que otorga el galardón destacó que el trabajo de la UE representa la *“fraternidad entre naciones”* y se asemeja a los *“procesos de paz”* a los que se refería Alfred Nobel, en su testamento de 1895, como criterios para el premio de la Paz.

En el caso de la Unión Europea el galardón reconoce expresamente *“la contribución de la UE durante más de seis décadas al progreso de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa”*, y especialmente el papel estabilizador desempeñado por una Unión Europea que *“ha contribuido a transformar la mayor parte de Europa de un continente de guerra en un continente de paz”*.

Esta realidad actual era un sueño cuando, en plena II Guerra Mundial, los movimientos que luchaban por la libertad coincidieron en la defensa de los derechos humanos, la cooperación internacional y el federalismo europeo. Todavía en guerra, en aquellos difíciles albores, los vascos articulados en torno al Gobierno Vasco en el exilio respaldaron aquellas felices y acertadas ensoñaciones, desde la participación en la *Unión Cultural de los Países de la Europa Occidental* en 1942 y en la *Federal Union* en 1944. No fue casualidad que, en 1948, el Lehendakari José Antonio Aguirre, Indalecio Prieto, Francisco Javier de Landaburu, Juan Carlos Basterra y Lezo Urreiztieta participaran como cofundadores en el Movimiento Europeo. Trabajaban por conseguir que, en el nuevo orden internacional posterior a la guerra, fuera posible una integración política de Europa de carácter federalista, desde la consideración de que ésta sería auténtica garantía de paz y libertad; así como un pleno desarrollo de las naciones y los pueblos, grandes y pequeños, que como el Pueblo Vasco forman parte de esta gran casa común que es Europa.

Europa representaba entonces y representa ahora la libertad. El Nobel de la Paz a la Unión Europea ha coincidido con el medio siglo de aquello que el franquismo popularizó como el *“contubernio de Munich”*, el IV Congreso del Movimiento Europeo Internacional en el que participaron representantes políticos españoles, catalanes y vascos y que exigió que la admisión de España en las Comunidades Europeas estuviera condicionada a la *“instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas”*, *“la garantía efectiva de todos los derechos de la persona humana”*, las libertades políticas y sindicales, y, entre otros puntos, al *“reconocimiento de la personalidad de las diversas comunidades naturales”*.

El respeto de los derechos, individuales y colectivos, y de los derechos sociales está en la raíz de la Unión Europea y ha sido el sólido fundamento sobre el que se ha construido la casa Europa, basada en los valores de democracia y derechos humanos, desde la conjunción de naciones y pueblos con su propia identidad y cultura en un proyecto común. Es ahí donde Euskadi ha aportado y puede y debe aportar, en el hoy y en el mañana.

Este viejo pueblo de Europa tiene su sitio, necesita su sitio en nuestra casa común europea. Es preciso recordarlo y trabajarlo continuamente, sabiendo que ese es el futuro. Quizás más todavía en tiempos como el presente, de crisis, pero nunca de desesperanza.

En el discurso de entrega del Nobel, el presidente del Comité Nobel del Parlamento Noruego, Thorbjørn Jagland, apeló a la solidaridad y a la responsabilidad colectiva para que la Unión Europea supere la grave crisis económica que padecemos. *“A la luz de la crisis financiera que está afectando a tantas personas inocentes, podemos ver que el marco político sobre el que se asienta la Unión es ahora más importante que nunca. Debemos permanecer unidos. Tenemos responsabilidad colectiva”*, nos recordó el presidente del Comité Nobel Noruego, no lo olvidemos.

PREMIO NOBEL DE LA PAZ: UN ESTÍMULO PARA TRABAJAR POR UNA MAYOR INTEGRACIÓN EUROPEA

Jo Leinen

Presidente del Movimiento Europeo Internacional (EMI)

La concesión del Premio Nobel de la Paz a la Unión Europea llega en el momento oportuno. Este galardón, recogido por el Presidente del Parlamento Europeo, Martin Schulz, junto con el Presidente de la Comisión Europea, José Manuel Barroso, y el Presidente del Consejo Europeo, Herman Van Rompuy, ha sido concedido a los 500 millones de ciudadanos y ciudadanas de la Unión Europea. El Premio Nobel de la Paz destaca la magnífica contribución de la Unión Europea en favor de la paz y de la libertad, y anima a los europeos a seguir trabajando para afianzar aún más este espíritu de cooperación e integración. Esta distinción es un rechazo a todos los anti-europeos que en los últimos años han intentado, cada vez con mayor frecuencia, detener el proceso de integración europea. Gracias al Premio Nobel de la Paz, el proyecto de integración europea experimentará un reconocimiento aún mayor en todo el mundo. Se alcanzarán alianzas similares a las que ya han comenzado con la Unión Africana (UA), con la ASEAN y con Mercosur. Por lo tanto, el éxito de la Unión Europea no sólo es importante para Europa, sino también fuera de ella.

Para muchos países, la integración en la Unión Europea ha supuesto un gran paso hacia delante en cuanto a libertad y democracia. España y Portugal dejaron atrás sus décadas de aislamiento político y dieron la espalda a la dictadura. Estos países experimentaron un auge económico. Con la ampliación de la Unión Europea hacia el este, finalizó definitivamente la división del continente. Tras la caída de la Unión Soviética, la separación de Chequia y Eslovaquia y la disolución gradual de Yugoslavia, surgieron nuevos países que tomaron rumbo hacia Europa. A los países balcánicos se les debe seguir brindando una perspectiva de adhesión a la Unión Europea.

El proceso de integración europea ha unificado los estados de Europa proporcionando paz y estabilidad. Sin embargo, ahora la Unión Europea no puede dormirse en los laureles y vivir del pasado. Necesita un proyecto integral de futuro para salir de esta crisis, la mayor a la que se enfrenta desde su existencia. El mercado único y la unión monetaria por sí solos no son suficientes para asegurar la cohesión de los 27 Estados miembros a largo plazo. Es necesario dar pasos en pos de una verdadera unión económica y financiera, y para la consecución de una unión política.

La crisis financiera de 2008 ha sacudido a Europa y al mundo. Desde el comienzo de la crisis, la calidad de vida de muchos millones de personas de la Unión Europea ha empeo-

rado sensiblemente. El aumento del paro, la falta de seguridad en el empleo, la creciente desigualdad, el aumento de la pobreza y de la exclusión social son la triste realidad en muchas regiones y países. Por todo esto, Europa necesita un proyecto que permita construir relaciones más estables y sostenibles. Una política de crecimiento y de empleo facilitaría el camino para poder salir de esta crisis.

Tras las elecciones europeas del año 2014, se debería aprobar un nuevo convenio con el objeto de preparar los siguientes pasos de la integración europea. Necesitamos un amplio debate público sobre el futuro de Europa. Con ello, el movimiento europeo en todos los países tendría la oportunidad de explicar el “proyecto europeo” a otras organizaciones de la sociedad civil y a los ciudadanos y las ciudadanas, y así obtener el apoyo necesario para la continuación del proceso de integración. Europa es más que un gran mercado. Europa tiene que ser una unión política que represente los valores e intereses comunes tanto hacia dentro como hacia fuera ante nuestros asociados de todo el mundo.

LA UNIÓN EUROPEA: UNA PRESENCIA FRÁGIL EN EL MUNDO

Joana Abrisketa

Profesora Contratada Doctora de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales
Vicedecana de Investigación y Relaciones Internacionales
Facultad de Derecho. Universidad de Deusto

¿Están los Estados miembros de la Unión Europea dispuestos a asumir como propia la política exterior de la organización? Como se deduce de la lectura de cualquier noticia relativa a la Unión Europea (UE) durante estos últimos años, su política exterior no es lo que más preocupa, ni a la Unión, ni a sus Estados miembros. Una política exterior fuerte expresaría una política interna fuerte y al no existir esta última difícilmente puede darse la primera. Pero la UE no puede aplazar la acción exterior hasta que resuelva su problema principal, el de las insuficiencias de su política financiera, fiscal y económica. Se le pide ser algo más que una mera espectadora de lo que ocurre en el mundo. Los propios Estados miembros se mostraron, como indica el Preámbulo del Tratado de Lisboa, resueltos a desarrollar una política exterior y de seguridad común para reforzar la identidad europea.

Es cierto que la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) queda al margen de la clásica calificación entre las competencias exclusivas, compartidas y complementarias de la organización. Por tanto, se trata de una política desubicada o “inclasificable” como señala Mangas Martín¹. En este sistema diferenciado son dos los referentes que constituyen el marco imprescindible en el que la política exterior se desarrolla: uno institucional y otro de orden legal. En cuanto al institucional, el Consejo Europeo y el Consejo de Ministros definen los intereses estratégicos y acuerdan los objetivos, debiendo pronunciarse en la mayoría de los casos por unanimidad, lo que no es fácil. A la Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad y a los Estados miembros corresponde ejecutar tales acuerdos. En lo que se refiere a los instrumentos normativos, son las “decisiones” las que recogen las acciones y posiciones comunes de la Unión. Todo este entramado jurídico-institucional, cuya naturaleza es básicamente intergubernamental, refleja lo que Mariscal denomina el “círculo poco virtuoso del déficit de europeísmo” en lo que a la política exterior se refiere².

Aún más, la acción de la UE en el exterior se asienta sobre una serie de principios procedentes tanto del Derecho originario como derivado. El principio constitucional del Estado de Derecho aplicable a la acción exterior (proclamado en el artículo 21 del TUE) y la Carta de

¹ MANGAS MARTÍN, A., *La Constitución Europea*, Biblioteca Jurídica Básica, Iustel, Madrid, 2005, p.225.

² MARISCAL, N., *Más allá de Lisboa: Horizontes europeos*, Tecnos, 2010, p. 180.

Derechos Fundamentales de la UE (a la que el art. 6.1 concede el mismo valor jurídico que los tratados) se convierten así en referentes ineludibles para articular una política coherente y consistente, que identifique a la UE como constructora de paz desde cimientos estructurales. A esto hay que añadir, entre otros, el Instrumento de Financiación de la Cooperación al Desarrollo³, que constituye el marco referencial de cara a financiar la cooperación geográfica con los países en desarrollo, y que fija principalmente los Objetivos de Desarrollo del Milenio como fines que deben ir en consonancia con la acción exterior de la Unión.

En este contexto, se puede pensar que el Premio Nobel de la Paz concedido a la UE es un acicate tanto para la unión de los Estados miembros como para su entrada en las diferentes regiones del mundo, sobre todo, a través del establecimiento de relaciones estables con los países-líderes regionales (Brasil, Sudáfrica, China, India y por supuesto, Estados Unidos como líder indiscutible en América del Norte). Además, con seguridad, en el último mandato del Presidente Obama, la política exterior estadounidense cobrará más peso que en los mandatos anteriores, por lo que conviene planificar los consensos.

Por todo ello, ahora que está formal y expresamente admitida su personalidad jurídica, que tiene capacidad para ser titular de derechos y de obligaciones en el orden jurídico internacional, la UE debe valerse de estos instrumentos de los que se ha dotado para ser más fuerte en el mundo.

³ REGLAMENTO (CE) n° 960/2009 de la Comisión de 14 de octubre de 2009 por el que se modifica el Reglamento (CE) n° 1905/2006 del Parlamento Europeo y del Consejo por el que se establece un Instrumento de Financiación de la Cooperación al Desarrollo.

UN NOBEL JUSTO Y NECESARIO PERO TARDÍO

Francisco Aldecoa

Catedrático de Relaciones Internacionales. Universidad Complutense de Madrid

Catedrático Jean Monnet

“Europa no se hizo, y tuvimos la guerra”. Esta idea de la Declaración Schuman refleja el vínculo estructural entre la paz y la construcción europea. El objetivo de la misma era transformar el problema de la guerra en el fundamento de un proyecto colectivo, para conseguir que la guerra no sólo fuera impensable, sino estructuralmente imposible.

El Comité Nobel decidió el 12 de octubre de 2012 conceder el Premio Nobel de la Paz a la Unión Europea. En algunos medios, incluso noruegos, no lo han considerado acertado. En algunos países europeos, tampoco, ya que se ha vinculado con la crisis económica y entendían que este no era el momento. En España también se ha malentendido esta concesión y, en algunos casos, se ha criticado el protagonismo de Alemania, de la Sra. Merkel, y de Francia, del Sr. Hollande, en la recepción de dicho premio. No obstante, tiene pleno sentido, ya que simbolizaban la reconciliación franco-alemana, que precisamente durante este 2013 se celebrará el “L Aniversario” de la firma de dicho Tratado. Hay que recordar que, en todo caso, los que recogieron el premio fueron los representantes de las instituciones europeas.

Sin embargo, quien escribe estas líneas entiende que posiblemente habría que haberlo recibido antes, cuando vivían Schuman y Monnet. No obstante, está muy bien concedido, es una decisión justa y necesaria, e incluso, cuando se han cumplido 60 años de la entrada en vigor de la CECA y el impulso integracionista y especialmente su visibilidad en relación a la paz se está difuminando, es muy oportuno.

La concesión en este momento permite, además, recordar los impresionantes avances que se están produciendo a lo largo del s. XXI en materia de exportación de derechos humanos. Es curioso que se conozca bien la contribución de la Unión Europea en sus orígenes y, sin embargo, se conozca mucho menos en la actualidad, cuando precisamente tiene muchísima más envergadura, y esto es lo que se denomina la aportación del poder normativo a la gobernanza mundial.

Ello tiene un gran efecto en las condiciones estructurales y hace posible que la paz avance en el mundo de hoy. Me estoy refiriendo a la política de derechos humanos más exigente que otros actores mundiales, como la lucha por la abolición de la pena de muerte (en el Artículo 2.2 de la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea de 12 de diciembre de 2007, en vigor desde el 1 de diciembre de 2009, señala que “nadie podrá ser condenado a la pena de muerte ni ejecutado”). Y también a la petición de moratoria sobre este tema en la Asamblea General de Naciones Unidas; a la creación del Tribunal Penal Internacional,

que lleva ya diez años de vigencia y ha empezado a hacer posible el fin de la impunidad en delitos graves contra la humanidad, como el genocidio; a los avances en cooperación al desarrollo y ayuda humanitaria, factor indispensable para la paz, que supone que más de la mitad de la aportación total mundial proviene de la Unión Europea; al multilateralismo eficaz, que implica entre otras cosas que la Unión Europea aporte casi la mitad de la financiación del conjunto del sistema de Naciones Unidas y de sus agencias especializadas... Por no citar otros muchos temas como medio ambiente, cambio climático...

Este Premio Nobel de la Paz 2012 debe servirnos a los europeos para que salgamos de esta etapa de escepticismo en la que todo se ve mal o no se ve. Hay que diferenciar bien los éxitos y los fracasos, y este es uno de los grandes éxitos, que nos debe servir para resolver nuestro fracaso. El gran fracaso de la Unión Europea de hoy es que no hemos sido capaces de buscar una salida equitativa a la crisis, basada en nuestros valores de solidaridad, igualdad y equidad. Para resolverlo, es necesaria más Europa política, más soberanía compartida, más democracia, más derechos humanos, reformas profundas y vuelta a la cohesión y al consenso, que están en el origen de nuestro proyecto colectivo.

Que no se tenga que decir dentro de otros cuarenta años “No tuvimos Europa y tuvimos la crisis” y con ello el fin de nuestro modelo social, diferenciador, basado en la cohesión, la solidaridad y la igualdad.

GLOBALIZACIÓN, CRISIS Y UE: PAZ, FUTURO Y ESPERANZA

Juan José Álvarez

Catedrático Derecho Internacional Privado. UPV/EHU

Con frecuencia se nos acusa a los europeístas de ser ingenuos perpetuadores de utopías irrealizables. Frente a tal reproche, el contexto europeo y mundial catártico actual, con una crisis sin precedentes y sin guión preestablecido aporta argumentos adicionales importantes a favor de una necesaria profundización y avance en nuestro proyecto europeo común, como solución frente al errático devenir que está derivándose de una atomización nacional de respuestas territorializadas ante la crisis.

Vivimos acontecimientos sin precedentes, y es el tiempo de la política europeo/Comunitaria. Europa debe apostar por sí misma. La autarquía supone una absurda e ineficaz receta para salir de la crisis o minimizar sus efectos. Más Europa no significa en modo alguno encerrarse en sí misma. Todo ello plantea la exigencia y el reto del liderazgo político, y permite reivindicar el momento de Europa y de sus instituciones: es la ocasión para reconquistar el futuro, alejado de una mera suma de expectativas individuales, desligadas de realizaciones colectivas. La solución a este largo y oscuro túnel no puede venir de la mano de soluciones de rescate ad hoc y unilaterales. Es una oportunidad y un reto para la UE, y en especial para el Euro, y para ello es preciso un liderazgo global, una sola voz que sea capaz de fortalecer la gobernanza económica europea *ad intra* y *ad extra*.

La respuesta a esta cuestión debe comenzar por una evidencia: la impotencia de los Estados-Nación frente a las consecuencias de la globalización. Es la hora de apostar más por la UE, porque el diseño institucional y las herramientas de que disponen los Estados por sí solos devienen insuficientes para hacer frente a las dinámicas desencadenadas por los mercados globales. La complejidad y la magnitud de la crisis pone de manifiesto estas carencias, y realza la importancia de la dimensión europea, que deriva en un factor clave al resultar más apropiada y eficaz que la suma atomizada de ámbitos estatales tradicionales.

El desafío que supone para nuestra clase política y nuestra sociedad la dimensión de esta crisis aporta argumentos adicionales para apostar por Europa, una Europa abierta, no cerrada sobre sí misma. Es imprescindible que los mecanismos de regulación y de intervención económica así como de protección social de la UE sean mantenidos y reforzados, y ello solo es posible si se profundiza en la *comunitarización* de la gestión de esta grave crisis, sin precedentes. Ante la espiral de desconfianza, que coloca el sistema financiero al borde del colapso, sólo mediante la solidez de un proyecto común y coordinado entre los Estados en el seno de la UE podrá lograrse la tranquilidad necesaria para acertar en el diagnóstico y en

las soluciones más eficaces.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Qué hemos hecho mal para que Europa, que no ha provocado la crisis, la esté sufriendo más que nadie? La crisis griega es el síntoma de un mal más profundo: el de las contradicciones de la construcción europea y el resultado acumulado de los siguientes desequilibrios: unas políticas fiscalmente insostenibles en algunos países, retrasos en el saneamiento del sistema financiero, falta de disciplina y flexibilidad necesarias para el buen funcionamiento de la unión monetaria y una gobernanza deficiente de la zona del euro.

La crisis proporciona dos lecciones importantes: por un lado, se han evidenciado carencias institucionales graves en la gestión política de la crisis; por otro, la necesidad de saneamiento del sector financiero que devuelva la confianza al mismo y la normalización del flujo del crédito.

Tal y como destacó Mario Fernández en un excelente curso de verano auspiciado por EUROBASK, quizá los Estados son en ocasiones demasiado grandes para problemas pequeños, pero hoy, como lo demuestra la crisis griega y la de los restantes países del Sur de Europa, resultan demasiado pequeños para los grandes problemas. En medio de esta globalización es imprescindible hacer un ejercicio de realismo. Sólo queda responder de la única manera posible: profundizando en el proyecto europeo innovación. O nos integramos plenamente o nos desintegramos como proyecto social y político. Esta crisis, la más grave de la historia reciente, ha derribado muchos conceptos poniendo en cuestión principios que creíamos asentados en nuestras sociedades y resucitando dilemas de alcance histórico. Es la hora de Europa, como lo fue en 1957. La paz social, nuestro modelo de sociedad, está en juego. Solo Europa puede garantizar nuestro futuro. Éste es el gran reto para Europa y quienes defendemos un proyecto europeo integrador, solidario y social.

EL NOBEL DE LA PAZ Y LA UNIÓN EUROPEA: UN IMPULSO EN TIEMPOS TURBULENTOS

Mikel Anton Zarragoitia

Delegado para la Cooperación Transfronteriza. Gobierno Vasco

Es difícil sustraerse a la tentación de valorar lo justo o no de la concesión de cualquier galardón. Y no resulta diferente en el caso del Premio Nobel de la Paz. Si uno repasa el currículum de este galardón fundado en 1901 encontrará entre los galardonados a figuras tan controvertidas como Henry Kissinger (1973), Jimmy Carter (2002), Barack Obama (2009) o Wangari Maathai. Los tres primeros dirigen o dirigían el país con mayor número de armas nucleares del mundo y la última señaló que el virus del SIDA era producto de la ingeniería genética y que fue colocado en África para perjudicar a los negros. Es obvio que ninguno de ellos es o ha sido infalible pero, a pesar de todo, pesan más sus actividades en favor de la paz, la diplomacia internacional y la sostenibilidad que las que pudieran reprochárseles.

Por lo tanto, entendiendo que la justicia a la hora de la selección del galardonado es una cuestión relativa y que la Unión Europea no atraviesa por su mayor momento de popularidad ni de solidez quisiera centrar este pequeño espacio de opinión en destacar los hechos relacionados con la paz que han jalonado su trayectoria y las razones que pueden hacer considerar como oportuna la concesión de este galardón.

La concesión a finales de 2012 del Premio Nobel de la Paz a la Unión Europea viene a reconocer el esfuerzo realizado por varias generaciones de europeos con el fin de transformar un espacio asolado por las guerras en un espacio de paz y prosperidad.

Tenemos la obligación, no sólo la posibilidad, de ser críticos con la Unión Europea pero no sería justo negar los logros obtenidos por ella: el principal, el de haber transformado en colaboradores estructurales a enemigos seculares, siendo sus paradigmas Francia y Alemania. Efectivamente la Unión Europea, mediante la puesta en común de importantes dosis de soberanía por parte de sus Estados miembros, ha conseguido, a través de un modelo político complejo pero innovador, erigirse en modelo de convivencia entre los diferentes pueblos de Europa, alcanzando el mayor periodo de paz nunca visto antes dentro de sus fronteras.

Ha logrado además que sus 500 millones de ciudadanos convivan en un marco político inspirado en los valores democráticos (sin que ello suponga restar importancia a las preocupantes tendencias populistas y xenófobas constadas en algunos Estados miembros), logrando superar los sistemas autoritarios y contribuyendo a superar la división de Europa existente desde la primera mitad del siglo XX.

También la Unión Europea ha llevado a la práctica en las relaciones internacionales lo que se ha venido a denominar el *soft power*, modelo en el que predominan los métodos diplomáticos, frente al tradicional *hard power*, donde la presencia de la fuerza (o la amenaza de su uso) es preponderante. Está por ver si el decrecimiento gradual de la tutela norteamericana en el continente europeo permite mantener la praxis del *soft power* una vez que Europa desarrolle una verdadera Política de Defensa Común. En cualquier caso el modelo de relaciones internacionales desarrollado por la Unión ha supuesto una interesante innovación en la forma de hacer política y ha estado alineada con la defensa de los derechos humanos y los valores democráticos.

Siendo conscientes de las carencias y de los errores cometidos a través de sus más de 60 años de andadura, viene al caso, más que nunca, el conocido aforismo de que “lo mejor es enemigo de lo bueno” y en este caso habrá que convenir en que la Unión Europea ha conseguido al menos parecerse a lo bueno.

No quisiera concluir sin apuntar un último aspecto relacionado con el papel pacificador de la Unión Europea que suele pasar desapercibido para el gran público. La Unión ha demostrado ser también un agente importante para la resolución de conflictos en el interior de los Estados miembros. Piénsese, por ejemplo, en el importante papel desarrollado en el proceso de paz norirlandés aportando no sólo interlocución, sino también importantes ayudas materiales a través de los programas PEACE y PEACE II. Con el debido respeto a la autonomía institucional de los Estados miembros, consagrada en el Tratado de Lisboa, la Unión Europea podría jugar un papel destacable en la eliminación de uno de los últimos fenómenos violentos en suelo europeo y contribuir al establecimiento de las bases para una paz duradera en Euskadi. Así sea.

POR LA PAZ, UN ¡VIVA EUROPA!

Carmelo Barrio Baroja
Vicepresidente de EUROBASK (PP)

El pasado 12 de octubre se anunció en Oslo la concesión del Premio Nobel de la Paz 2012 a la Unión Europea por “su contribución durante seis décadas al avance de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa”. Este nuevo reconocimiento de que vivimos en un espacio político e institucional es la mejor referencia de democracia y libertad en nuestro planeta y debe de servirnos para impulsar la deseada unión política, económica, social y financiera.

Vivida sin excesivo entusiasmo en los Estados de la Unión, lo cierto es que ha sido una noticia extraordinaria que nos tiene que llenar de orgullo a los europeos. A su vez ha aplicado un bálsamo de “realismo no imaginario” a nuestros problemas macroeconómicos y socio-políticos que debe ayudar en la ardua tarea: ganar esa otra guerra a la crisis, al desempleo, a la economía especulativa, la desindustrialización y, también, al euroescepticismo y al extremismo, todos ellos tan letales para Europa.

No es la primera vez que una institución de carácter político o internacional recibe el galardón promovido por el sueco Alfred Nobel. Antes que la UE, la Cruz Roja, UNICEF, Amnistía Internacional, la ONU, Médicos sin Fronteras o ACNUR, entre otras, lo habían recibido con total merecimiento, aunque estamos más acostumbrados a dejarnos impresionar por el hecho de poder poner nombre y apellidos al ganador del singular galardón. Así, desde Henri Dunant hasta Obama, pasando por Lech Walesa, Nelson Mandela o, la más reciente, la activista a favor de la mujer y sus derechos, la yemení Tawakkul Karman, nos han hecho visualizar con sus trabajos personales los ejemplos de la lucha por los derechos y la dignidad humana, en definitiva, por la paz en el mundo.

Por ello y con la antesala de todos esos indiscutibles e innumerables ejemplos, el Premio Nobel 2012 adquiere una dimensión nueva frente al marasmo en que nos sume una crisis que anestesia nuestro entusiasmo y nos impide reconocer sus éxitos. Todo ello, orientado hacia el futuro, entronca con los principios, esencialmente del humanismo cristiano, concebidos por los padres fundadores de Europa, entre los que destacan la paz y la libertad de varias generaciones de europeos tras siglos de confrontaciones y de odios. Unos valores y un trabajo que se conocen y continúan en el Partido Popular Europeo.

Adenauer, Monnet, Schuman y de Gasperi, y también Churchill Spaak, Spinelli o Halls-tein son los nombres en los que tantos años después podemos personificar este importante premio aunque sea un desconocido presidente del Consejo Europeo, Herman Van Rompuy

quien, junto con Durão Barroso y Martin Schulz, lo recogiera en nombre de todos los europeos el pasado día 10 de diciembre en la capital de Noruega.

En las últimas semanas se han aportado muchas y muy interesantes reflexiones a la luz de la concesión del Nobel, algunas críticas, otras entusiastas, pero, en su mayoría, constructivas y estimulantes. Como planteaba el profesor de Relaciones Internacionales Felipe Sahagún, en la tribuna de EL MUNDO, “se hace justicia a un sueño” y lo justificaba en que “ningún proyecto de integración multinacional ha aportado más a la causa de la paz y los derechos humanos”; o, como bien afirmaba Iñigo Méndez de Vigo, Secretario de Estado para la Unión Europea, “el Nobel debe de darnos alas para superar dificultades, arrinconar egoísmos y perder miedos”. Qué cierta la reflexión editorial de EL CORREO al destacar que “debe de servir de acicate a una Europa presa de vacilaciones y temores”. Merece también destacarse por su profundidad institucional el vaticinio de la comisaria Viviane Reding al afirmar que “hacia 2020, una Europa fortalecida ocupará el lugar que se merece en la escena internacional”.

La Unión Europea en su historia ha sido el factor determinante para mejorar la convivencia y el bienestar entre los europeos. Ha alejado la constante bélica, lenguaje común en la mayor parte de nuestra historia y ha vencido democráticamente y con acierto al terrorismo y a los nacionalismos exacerbados, fomentando la democracia allí donde no existía y avanzando como ningún otro proyecto histórico colectivo en la consecución de la libertad y en el respeto a los derechos de la persona. A su vez, aunque de manera aún incompleta, ha combatido en su seno con éxito la pobreza como factor definidor de sus colectividades para avanzar en la solidaridad y justicia social, factores claves todos ellos para la paz.

Por todo ello estamos viviendo días de júbilo, contenido y esperanzador, y desde el País Vasco algunas instituciones deberán aprovechar este momento para que la ilusión y la materialización del proyecto de unión política, económica y social, los Estados Unidos de Europa que algún día contemplaremos, sea una realidad cuanto antes. Esas instituciones, vascas, como las de los gobiernos responsables, o el propio Consejo Vasco del Movimiento Europeo (EUROBASK) tienen una importante labor que realizar. Este foro de europeístas vascos, consciente del importante trabajo realizado por la UE en favor de la paz, decidió que los trabajos de investigación presentados al premio Francisco Javier de Landaburu, Universitas, en 2007 se dedicaran a investigar el siguiente tema: “1957-2007: 50 años desde el Tratado de Roma. Los éxitos y sombras de un proyecto de paz, unidad política y prosperidad económica”. En lo relativo a la paz estamos avanzando ¡VIVA EUROPA!

UE: EUROPA, DESDE UNA PAZ “SERENA” A UNA PAZ “DULCE”

Joxerramon Bengoetxea
Profesor de Teoría Jurídica. Facultad de Derecho
Universidad del País Vasco. UPV/EHU

Las razones para otorgar el Premio Nobel de la Paz 2012 a la Unión Europea (UE) han sido la paz y los derechos humanos. Se pueden poner algunas objeciones a la decisión adoptada respecto al premio en Oslo. “No hay paz sin justicia” fueron las palabras de Martin Luther King, al parecer, en la lucha contra la discriminación hacia los negros. Evidentemente tenía razón, pero si ese fuera el criterio, habrían de devolverse unos cuantos premios Nobel. Seguramente Luther King, si viviera, se alegraría mucho de ver a un afroamericano como presidente de los Estados Unidos, y tal vez también porque ha recibido el premio Nobel. Quién sabe. En este mundo en que caminamos hacia adelante y con prisas, al hablar de la UE sólo nos vienen a la memoria las demoledoras crisis actuales: la crisis económica, la institucional, la del proyecto, la del modelo social, entre otras. El premio nos ha descolocado, pero la dimensión temporal es importante, y resultan oportunas las retrospectivas: guerras mundiales, guerras balcánicas, totalitarismos, opresiones, colonizaciones, imperialismos y ataques contra los movimientos obreros que no deben ser olvidados, debemos trabajar por ello la memoria. Al lanzar una mirada al mundo, advertimos la urgencia de acabar con los conflictos. Esto es lo que ocurrió en Europa después de las dos guerras mundiales: el proceso de integración europea ha traído la paz. En el proceso de ampliación, nuevos Estados miembros se han acercado al proyecto de paz. Por supuesto, la paz no es sólo la ausencia de violencia o de altercados, pero esa “paz serena” resulta imprescindible y, al menos en Europa, la hemos logrado. Ello no quiere decir que no se violen los derechos humanos o que los Estados tengan las manos limpias; existen casos graves, y para afrontarlos constituyen instrumentos fundamentales tanto el Consejo Europeo como el Convenio de Derechos Humanos creado bajo sus auspicios.

La ausencia de violencia resulta de suma importancia, precisamente porque a partir de esa situación “serena” se hace posible actuar en favor de la justicia y de una paz más plena: el respeto de los derechos fundamentales de las personas, la tolerancia, la libertad, la diversidad y la igualdad ante la ley, la democracia. Incluso, cuando se consiga cumplir dichas condiciones civiles y políticas, nos podremos situar en el camino de lograr la “paz dulce”: equilibrio social y ecológico, bienestar, en busca de la alegría. El concepto de la paz es gradual: el fundamento es la ausencia de violencia y de conflictos armados; el siguiente paso es la justicia formal, el Estado de derecho; otro importante paso lo constituye la garantía de los derechos humanos, los derechos civiles y políticos, inmediatamente seguidos por una justicia profunda, derechos sociales, culturales y económicos, y un desarrollo humano difuso y

sostenible. Así se va *completando*, *dulcificando* la paz, en un camino ininterrumpido.

En cierta medida, esta es la visión del proyecto de integración europea, y premiarla no significa que se ha logrado la paz dulce, ni de lejos; pero creo que al menos hemos emprendido el camino de conseguir una paz serena y una paz más completa. Por supuesto, el proyecto europeo no solo es la paz, también resultan fundamentales el mercado único o mercado interior, o la cooperación, pero se puede decir que la paz, la ausencia de violencia entre Estados está garantizada. Y a lo largo del mundo, la Unión Europea se esfuerza por extender también la paz “serena”, esta concepción esencial o mínima de la paz: sus intervenciones suelen ser para establecer o mantener la paz, con mayor o menor influencia, con mayor o menor éxito, pero teniendo claros los objetivos acordados en Petersberg. Es habitual que se critique los pobres resultados que obtiene, y estas críticas son absolutamente necesarias, pero la Unión Europea no suele causar conflictos ni suele sembrar cizaña con intención de generar conflictos. Por el contrario, canaliza ayuda humanitaria con el propósito de aliviar los daños a los que sufren el conflicto. Reitero que no siempre lo conseguirá, pero en tal empeño deviene una tarea principal de los ciudadanos europeos no solo criticar, sino también ayudar. Una vez que se calman los enfrentamientos, le resulta más fácil proporcionar la cooperación para el desarrollo y la ayuda, así como la colaboración para desarrollar la vía de la democracia y el respeto de los derechos humanos. Por consiguiente, celebremos la trayectoria realizada desde la Segunda Guerra Mundial.

UNIÓN EUROPEA, PAZ Y JUSTICIA SOCIAL

Garbiñe Biurrun Mancisidor

Magistrada de la Sala de lo Social. Tribunal de Justicia del País Vasco

Profesora de la UPV/EHU

El Premio Nobel de la Paz, que desde 1901 se entrega a quien “haya trabajado más o mejor en favor de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz”, se ha concedido en 2012 a la UE como “reconocimiento a las más de seis décadas de contribución al progreso de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos y a su papel estabilizador al transformar la mayor parte de Europa de un continente en guerra en un continente de paz”.

No tenemos un concepto unívoco de PAZ. A ella se acercan situaciones como la no guerra, la tranquilidad ciudadana, el debate y la disensión en concordia... Pero es claro que no se agota ahí el contenido de la idea de paz, ni siquiera su contenido mínimo y esencial: la PAZ, exige hoy la no guerra y la seguridad, pero estas situaciones son el resultado de otras realidades previas. La PAZ exige más: la paz se construye sobre todo desde la justicia social.

Así se apreció una vez finalizada la Primera Guerra, cuando se creó, en el seno de la Sociedad de Naciones, la Organización Internacional del Trabajo por considerar urgente la mejora de las condiciones de trabajo y por entender que el grado de injusticia, miseria y privaciones para un gran número de seres humanos constituyen “una amenaza para la paz y la armonía mundiales”. Se comprendió entonces que la justicia social es centro y eje de la paz y la concordia entre las personas, los grupos humanos y los Estados. Sin justicia social no hay paz.

Al final de la Segunda Guerra se inició, a su vez, el proceso de integración europea, cuya construcción política y respuesta a la cuestión social ha sido un camino accidentado, con límites, obstáculos, avances y retrocesos, resultado de la coexistencia de concepciones bien distintas al respecto.

Camino en el que ha habido etapas diversas, según los objetivos prioritarios en cada momento, que han pasado por un largo período inicial hasta 1985, aproximadamente, en el que la política social estaba claramente subordinada a la concepción económica y liberal de la acción comunitaria en la absurda confianza de que el libre funcionamiento del mercado y la libre competencia traerían *per se* el progreso social; hasta momentos posteriores, en los que se ha recogido la noción de “cohesión económica y social”, se ha aprobado la Carta Social Europea y se ha priorizado la política de empleo, la modernización del modelo social, la inversión en capital humano y la lucha contra la exclusión social y la pobreza. Sin embar-

go, desde hace un par de años, al rebufo de la crisis, han surgido nuevos replanteamientos reticentes a esta política social, pesando también, sin duda, la falta de afianzamiento de la Europa política, el fracaso del Tratado Constitucional y las dudas sobre el desarrollo del Tratado de Lisboa. Con todo, cabe destacar, como línea común a todas esas fases, el relevante papel de la UE en la lucha por la igualdad y la no discriminación por razón de género, eje de su política social.

Con premio o sin él, la UE ha de trabajar para responder eficazmente a la promoción de la justicia social como base de la paz mundial. Muchos retos esperan respuesta: la necesidad de afianzamiento político de la nueva UE, todavía necesitada de cohesión económica y social; la nueva realidad demográfica y cultural y los fenómenos migratorios; una política de inmigración común e integradora; el reparto del empleo; el reconocimiento, desarrollo y efectividad de los derechos de ciudadanía a todas las personas con independencia de su exclusión del mundo del trabajo; la profundización en valores democráticos -real separación de poderes en la UE, replanteamiento del papel decisorio de los distintos órganos, participación ciudadana, promoción del papel de los interlocutores sociales y del diálogo social, transparencia, políticas territoriales y reconocimiento de entes no estatales, reconocimiento de la diversidad y la interculturalidad...

EL RAPTO DE EUROPA

Eusebio Cadenas
Vocal de EUROBASK

La reciente concesión del Premio Nobel de la Paz para el proyecto de la Unión Europea ha hecho que en varias circunstancias se haya repensado la Unión en relación con el momento fundacional. En mi caso la conclusión es que los principios fundacionales se han desviado en una transformación no acorde con las intenciones de los padres fundadores.

La recepción del mitema griego del “Rapto de Europa” por la cultura occidental ha ido cristalizando en representaciones iconográficas muy variadas y abundantes (Veronés, Tiziano, Rembrandt, Picasso, Botero, Moreau...). En todo caso y a pesar de la gran variedad iconográfica todas hacen alusión al relato de Ovidio en “La Metamorfosis”: Zeus recurre al engaño y a la patraña para conseguir el fin de la posesión de la princesa fenicia “Europa”. Con el fin de seducirla se transformó en un toro blanco y se mezcló con las manadas del padre de Europa el rey Agenor mientras Europa recogía flores cerca de la playa, ella quedó prendada del toro, acarició sus costados y viendo que era manso, subió a su lomo, lo cual aprovechado por Zeus corrió al mar nadando con ella a la espalda hasta la isla de Creta”.

Lo que me interesa resaltar de este entramado mitémico-iconográfico son dos cosas. La primera es que la idea de Europa tal como la imaginaron personajes tan audaces y visionarios como De Gasperi, Schuman, Monnet o Adenauer, está secuestrada. La concepción de Europa de Merkel, Schäuble o Weidmann tiene poco que ver con el discurso de los padres fundadores. En este sentido y a modo de ejemplo podemos proponer la aparición del panfleto de Thilo Sarrazin: “Europa no necesita el euro” en el que se exhorta a Alemania a actuar al margen de los países europeos sin dar un euro más a los PIGS, los cuales en permanente conducta orgiástica amenazan la prosperidad de laborioso pueblo alemán. El proyecto del propio Sarrazin es un engaño en sí mismo ya que desde la militancia en el SPD ha secuestrado una de las esencias de Europa que es el cumplimiento del viejo ideal ilustrado: “Igualdad, Libertad, Solidaridad”

La segunda idea que nos interesa destacar tiene que ver con esa apariencia poliédrica del concepto de Europa. Ya se ha visto como la interpretación iconográfica con sus matices ha recorrido todas las épocas añadiendo complejidad, riqueza y variedad conceptual. En ocasiones se ha pretendido “aprehender” Europa de una manera unívoca y, sin embargo, Europa en palabras de Ortega y Gasset es “un hecho de muy vieja cotidianidad”, algo que existe y que es procesual, que ancla su significado en una existencia zozobranante. Su reconocimiento reside en su propia existencia. Unos buscan un “demos” perfilado, definido, otros un carácter político progresista y otros un concepto geográfico; y sin embargo, probablemente, su

reconocimiento resida en el diálogo sobre su esencia y existencia (que diría Zubiri), entendiendo diálogo en sentido habermasiano como acción comunicativa.

No hay alternativa, debemos recurrir a una conceptualidad deudora de la forma en que piensa la historia como una factualidad que cambia dependiendo del lugar y el tiempo. Realidad que se va construyendo procesualmente recordando permanentemente la existencia de un “Telos”, poco definido, aparentemente inalcanzable, pero generador de dinamismos.

A esta existencia problematizada contribuyen los diferentes relatos sobre Europa en el que aparecen con fuerza los fuertes desequilibrios regionales y que el discurso económico no resuelve.

Aún así pensamos como Gianni Vattimo en una Europa como la “única utopía viable” en el sentido de que asumiendo la ausencia de un demos definido en clave de Estado-Nación, su idea misma conlleva la existencia de una “utopía necesaria”. Como decía Marcuse “la importancia de la utopía no está en su cumplimiento (dejaría de ser utopía) sino en el proceso”.

ARES Y TYR REPUDIADOS

María Jesús Cava Mesa

Catedrática de Derecho Comunitario Europeo. Universidad de Deusto

Cuando en 2005 participaba en una de las redes europeas de investigación más destacadas que se organizaron desde los 90, CLIOHRES (“Creating Links and Innovative Overviews for a New History Research Agenda for the Citizens of a Growing Europe”), la prioridad 7 del sexto programa marco de la Comisión Europea versaba sobre “ciudadanía”, y quienes interactuábamos en la red asumimos el proyecto entendiendo que servía de plataforma para el diálogo y para el debate, con objetivos que iban más allá de lo dictado por la profesión. Un debate que traspasaba fronteras y que significaba una excelente oportunidad para crear conocimiento e interiorizar las disciplinas reunidas en aquellos *networks* con otra mirada y criterios innovadores. Aquel foro de investigadores representaba distintas tradiciones nacionales y regionales, pero estábamos dispuestos a romper con las habituales agendas nacionales y abrir vías de entendimiento. Se trataba de una convergencia entre historiadores que quiero resaltar en el punto de partida de esta rápida reflexión sobre la UE como agente de paz, a modo de metáfora, y debido a lo significativo de este y de otros muy distintos procesos que la UE ha auspiciado en un contexto de política de paz, desde el pasado siglo.

No se trataba de dar un veredicto definitivo sobre la definición de qué es Europa históricamente, pero estas coordenadas estuvieron y debieran seguir teniéndose en mente hoy, en tiempo de crisis, para evaluar los elementos de inclusión y exclusión generados en los últimos decenios y precisar también el progreso logrado bajo la UE en todo sentido, incluida la estima de la alteridad. Algo que va unido –para bien y para menos bien– al devenir de nuestras sociedades. Sin embargo, este espejo en el que la imagen devuelta procede de distintas culturas, cohesiona y en ningún caso fragmenta lo esencial de nuestro mundo europeo. De ahí que explorar los caminos de la comprensión mutua encuentre facilidades innegables en los procesos abiertos por la Unión Europea, pese a la complejidad subyacente bajo la idea posmoderna del mundo. Y así, gracias a la unión, es inimaginable un conflicto multinacional iniciado entre pueblos europeos, como antaño. Porque se han conseguido, además de logros tangibles, muchos intangibles. Se ha afianzado, incluso, un nuevo lenguaje para referirnos a Europa como objeto y producto de la reflexión histórico-política, cultural, económica, educativa, religiosa, etc. que se merece, tras superar la posmodernidad y sus secuelas. De modo que va consolidándose un “habla” dispuesta a destacar –desde el convencimiento– lo nuclear y favorable del *sein* y *dasein* de lo europeo, frente a los euroescepticismos y rechazos que también afloran inevitablemente.

Existe, por otra parte, una aritmética de aportes culturales que contrasta con los de las generaciones que nos precedieron: aquellas que vivieron el duro escenario de confrontación

del pasado siglo. El comité responsable del galardón del Nobel de la Paz ha expresado que la UE ha sido premiada por “su contribución al avance de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa”. En verdad, Europa tiene mucho que ver con guerra y paz. “Y detrás de cada gran historia está siempre una historia pequeña, más personal”, declaraba recientemente, también, el Dr. Hans-Gert Pöttering (diputado al PE), Presidente de la Fundación Konrad Adenauer y Ex-Presidente del Parlamento Europeo. Este discurso no resulta manido o gastado. Comparto la idea de que Europa es una comunidad de valores y un referente de paz en el mundo. En el pasado, Europa fue la respuesta a la guerra y a la exterminación. Hoy, Europa es garantía de un mensaje fruncido por numerosas historias previas de drama y desolación, con un mensaje aprendido a fuerza de sangre, sudor y lágrimas. La paz positiva es un valor en alza. A lo que habría que añadir la multiplicación de formas culturales y simbólicas que apuntalan el deseo de evitar conflictos. Por suerte, Europa ya no está huérfana de proyecto político, aunque todavía no haya logrado aquello que la generación posterior a la Segunda Guerra Mundial quiso imprimirle.

Amalgamada en estos momentos con la persistente inestabilidad que deriva de la crisis global, Europa se hace visible en este escenario multilateral –sin embargo– con determinación. Pese a la fragilidad del modelo de crecimiento de muchos países europeos, la integración durante los últimos quince años ha estado plagada de acciones que evidencian un nuevo pragmatismo y el desmantelamiento de tics residuales de aquel mundo bipolar que ya ha pasado a la historia...

Quiero creer que la validez de numerosos resultados estratégicos de la UE la transforman en rampa de lanzamiento hacia nuevos objetivos. Desde los marcos sectoriales desde los que se le analice, el balance se diversifica contundente y eficaz, aunque plagado de dificultades, por supuesto. Sin embargo, difícilmente podrían negarse los efectos positivos obtenidos en el terreno económico, político, militar, cultural y educativo, jurídico, judicial, etc. que se coligen de esta –a veces, tortuosa– construcción europea.

¿Quién podría negar la nueva concepción de y para la ciudadanía europea ligada a la misma pertenencia a la UE? O quién podría eliminar ante la nueva sociedad derivada de la difusión tecnológica, de la comunicación y del pensamiento científico, el rol que todavía ejerce la UE ante la jerarquización internacional que viene dada por otros escenarios y actores poderosos en el actual orden mundial.

Pese a sus debilidades, la UE no es una realidad estática y atiende, asimismo, a los más desfavorecidos, aunque los desequilibrios sigan siendo extraordinariamente importantes en distintos ámbitos *ad intra*. El principio de solidaridad ha tenido en la interpretación europea un estilo propio, aunque no resulte paradigmático, en tanto en cuanto la subordinación a los EE.UU. y a otros potenciales líderes mundiales de este siglo XXI, le haga sentirse constreñida frente a otras agendas internacionales.

Se ha dicho, finalmente, que el camino de la construcción europea se va haciendo paso a

paso. Y en verdad, requiere de experiencia para poder superar miedos e inseguridades hasta llegar a una cohesión real más profunda. Tanto desde las reformas institucionales, como desde las nuevas ideas de integración intergubernamental, supranacional o lo que en el futuro pueda definir para sí misma, la UE debe ejecutar una ingeniería política en el futuro que consolide lo mejor de lo validado hasta la fecha. Sólo así el ciudadano calibrará con objetividad las ventajas y el valor añadido que supone haber abierto puertas a esta experiencia, todavía imperfecta en tantas cosas, pero que fundamentalmente ha desbrozado un camino de paz innegable y perdurable.

EL POTENCIAL DE LA UNIÓN EUROPEA COMO AGENTE DE PAZ

Cristina Churruca Muguruza

Directora del Máster Erasmus Mundus en Acción Internacional Humanitaria
Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe. Universidad de Deusto

El Comité Nobel noruego decidió conceder el Premio Nobel de la Paz 2012 a la Unión Europea (UE) por su contribución durante más de seis décadas al progreso de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa. A pesar de que hay motivos suficientes para recibir este premio con escepticismo y temer un fracaso del proyecto histórico de construcción europea (la persistente crisis financiera, la falta de coraje y perspectiva de las élites políticas, el cuestionamiento de la cohesión social que ha definido el modelo europeo, el crecimiento del nacionalismo antieuropeísta y del malestar de los ciudadanos) no podemos dejar de reconocer que este proceso del que la UE es una nueva etapa ha logrado la paz en un continente antes asolado por las guerras.

Lo que resulta curioso de la declaración del jurado del Nobel es que no se haga alusión a la contribución de la Unión Europea a la paz en el mundo. Curioso no sólo porque el Nobel de la Paz siempre ha hecho referencia expresa a la contribución a la paz internacional, que aquí no se menciona, sino fundamentalmente porque el proceso de integración europea siempre ha vinculado la paz en Europa a la paz en el mundo. Desde la Declaración sobre la Identidad Europea adoptada por el Consejo Europeo de Copenhague en 1973 hasta el Tratado de Lisboa, el desarrollo de una política exterior común ha tenido la finalidad de reforzar “la identidad y la independencia europeas con el fin de fomentar la paz, la seguridad y el progreso en Europa y en el mundo”. Es precisamente la voluntad de afirmar su identidad en el ámbito internacional, responder a los nuevos desafíos y asumir sus responsabilidades en el mundo algunas de las razones que impulsan la creación de la Unión Europea. Lo que parece deducirse de esta omisión es la duda en la capacidad de la UE como agente de paz a nivel global.

La realidad es que en las últimas dos décadas, hemos pasado de la ilusión de principios de los 90 a la decepción posterior y la pérdida de influencia actual que hace pensar en la irrelevancia de la UE como agente de paz. La consideración de la UE como actor internacional distinto en beneficio de la paz y seguridad internacional sobre la base de su doble carácter de potencia económica y potencia civil y normativa está hoy en tela de juicio. La capacidad de la UE como polo de prosperidad y crecimiento se pone en duda. Asimismo, la UE potencia normativa que ha hecho de la preferencia por las normas y las instituciones uno de los rasgos de su identidad como actor en la escena global, ha visto erosionada su influencia en materia de derechos humanos, cambio climático y en la ronda de Doha frente a las potencias emer-

gentes. La primavera árabe ha cuestionado su compromiso con la protección y promoción de los derechos humanos como hilo conductor de su política exterior. Es evidente que la UE no ha apoyado suficientemente en el pasado la sociedad civil de estos países ni ha hecho lo necesario para favorecer el cambio en vez de la estabilidad con su apoyo a regímenes corruptos y dictatoriales.

La formulación por primera vez en el Tratado de la Unión Europea de unos objetivos de política exterior común (contribuir a la paz y estabilidad en Europa y en el mundo, el desarrollo del comercio internacional y la promoción de la democracia y el Estado de derecho como piedra angular de la misma) permitió preparar la adhesión de los países de Europa central y oriental; definir un nuevo esquema de relaciones Euromediterráneas basado en la asociación; ampliar y profundizar las relaciones con América Latina; comenzar a definir una estrategia hacia Asia, la aprobación de una nueva agenda trasatlántica para la concertación y acción conjunta con Estados Unidos y una política más activa orientada a la prevención y gestión de conflictos. Las primeras acciones comunes a favor de la búsqueda de una solución negociada y duradera del conflicto en la antigua Yugoslavia, el acompañamiento al proceso de paz en Oriente Próximo, y el apoyo del proceso de transición democrática en Sudáfrica son muestras de ello. Al mismo tiempo, la UE se convertía en el principal proveedor de asistencia humanitaria y ayuda al desarrollo mundial.

Sin embargo pronto la UE era acusada de utilizar la ayuda humanitaria como un sustituto de la acción política en vez de jugar un importante papel diplomático, político y militar para ayudar a promover la paz, la estabilidad y la seguridad internacional, de conformidad con los objetivos de la política exterior y de seguridad común (PESC). La UE no fue capaz de adoptar decisiones comunes y reaccionar rápidamente ante situaciones de crisis como la Bosnia-Herzegovina, Somalia, Ruanda y Kosovo. El sentimiento de decepción se resumía en la descripción de la UE como una potencia económica, un gigante humanitario, un enano político y un gusano militar. La división entre los Estados miembros frente a la crisis de Iraq no hizo más que corroborar esta impresión.

Iraq fue a la vez un catalizador y una llamada de atención para que la Unión Europea adoptara por primera vez una estrategia de seguridad en diciembre de 2003. La Estrategia Europea de Seguridad admitía que para hacer frente a las amenazas de seguridad y las demandas de la globalización asumiendo sus responsabilidades mundiales la UE deberá ser más activa, más coherente y más capaz.

A lo largo de los últimos años se han realizado en el ámbito de la gestión de crisis importantes desarrollos: fijación de objetivos comunes de capacidades militares y civiles, mecanismos de generación de fuerzas y progresos, armonización de equipamientos, despliegue de veintiséis misiones civiles y militares desde los Balcanes a los países vecinos hasta Asia y África. Estas incluyen desde la reforma del sector de la seguridad, la asistencia y formación de policía y fuerzas militares, el reforzamiento del Estado de derecho, la observación electoral a la asistencia fronteriza. Pero en términos generales, tanto en su naturaleza como

en su alcance, las misiones de la PCSD suelen ser fragmentarias y crearse en función de las circunstancias. La UE carece de una financiación común para sus misiones y no hay un reparto equitativo de la carga entre los Estados.

La cuestión es que por mucho que nos empeñemos, no es en la gestión de crisis o dicho de otro modo en la capacidad de respuesta rápida donde la UE mejor contribuye y puede contribuir como agente de paz. La lentitud en responder a la crisis de Mali es un ejemplo. El potencial de la UE es estructural. La UE, que representa por sí misma una labor constante de construcción de la paz, una comunidad de paz, precisamente la razón por la que le han concedido el Nobel, tiene un papel fundamental en la prevención de conflictos. Para ello dispone de una amplia gama de instrumentos de actuación a largo y a corto plazo.

La política de desarrollo y los programas de cooperación geográficos y transversales son los mejores instrumentos de que dispone para tratar las causas de los conflictos. El gran reto de la UE es ser capaz de combinar la ayuda de emergencia con medidas de protección de los derechos humanos y medidas de rehabilitación, con estrategias a largo plazo que aborden las causas últimas de los conflictos. Además es necesario vincular las políticas diplomáticas, militar, comercial y de desarrollo de la UE a las dimensiones exteriores de sus políticas económicas comunes (UEM, energía, transportes, etc.). Únicamente contando de forma coherente con todas las políticas e instrumentos disponibles será capaz la Unión de actuar como potencia transformadora y agente de paz. Hace falta ser más eficaz y coordinarse mejor. El diagnóstico no es nuevo. Ahora tenemos la capacidad necesaria. Sólo hace falta que queramos hacerlo.

SPLEEN EN BRUSELAS

Noé Cornago

Profesor Titular de Relaciones Internacionales. UPV/EHU

Director del Máster en Cooperación Internacional Descentralizada: Paz y Desarrollo

En un mundo que se debate entre el individualismo salvaje y el voluntarismo ingenuo la idea de que las instituciones piensan es una manera de afirmar que el pensamiento sólo puede ser concebido y explicado como representación colectiva, es decir, como producto de una sociedad que piensa, y consecuentemente actúa, por encima de los individuos que la conforman. Al menos eso es lo que señala la antropóloga británica Mary Douglas en uno de sus libros más celebres, titulado precisamente *¿Cómo piensan las instituciones?* La concesión del Premio Nobel de la Paz a la Unión Europea puede abordarse desde esa perspectiva. En todo caso, no se trata de preguntarnos en qué estaba pensando la Fundación Nobel al otorgar tan importante distinción a la Unión Europea en el momento más crítico seguramente de su larga historia, sino más bien de todo lo contrario, a saber: *¿Qué pensaría la Unión Europea del Premio Nobel que ha recibido?*

La magnitud de la crisis financiera originada en EEUU y sus efectos duraderos sobre la UE ha puesto de manifiesto la existencia de problemas de naturaleza muy diversa cuya gestión –en razón de sus importantes implicaciones socioeconómicas e institucionales– parecería rebasar las capacidades estatales de incluso los Estados más poderosos, exigiendo el recurso a nuevas formas de acción colectiva así como el fortalecimiento de las instituciones comunitarias. Paradójicamente, sin embargo, la gestión de la crisis no parece haber producido esa demanda sino, más bien, la multiplicación de cumbres presidenciales, impulsadas por los Estados con mayor capacidad e influencia, en las que los acuerdos establecidos primero en una suerte de directorio europeo, en el que sólo Alemania parece estar siempre presente, acaban sancionándose, aunque nunca de la forma inicialmente prevista, para el conjunto de la Unión Europea.

Ese desplazamiento del método supranacional por el intergubernamental constituye un cambio de tendencia sin precedentes en la historia del proceso de integración europea, en la medida en que la tensión característica entre la aspiración federalista y la aserción intergubernamental que configuró durante décadas la singularidad del método comunitario, y sus logros más fructíferos, se ha visto desplazada por una dinámica de intergubernamental aparentemente re-nacionalizadora que parece verse además, y aunque sea de manera inesperada, irregularmente constitucionalizada.

Sin embargo, las respuestas inmediatas a la crisis –en forma básicamente de programas de ajuste y establecimiento de sistema de rescate y garantía, y una concepción estrechamente disciplinaria de la política fiscal– son necesariamente pasajeras, tanto por su elevado coste

social como por sus impactos sobre el crecimiento, por lo que previsiblemente tan pronto como logren sus efectos estabilizadores se verán desplazadas por planteamientos de mayor ambición política y con objetivos más comprensivos en el medio y largo plazo, en los que la Unión Europea, a pesar de su crisis actual, y el desplazamiento provisional de la relevancia hacia las cancillerías, habrá de salir fortalecida. Al menos eso es lo que le gustaría *pensar* a la Unión Europea.

En este contexto, la concesión del Premio Nobel a la Unión Europea puede entenderse no tanto como el reconocimiento, algo tardío ciertamente, de los importantes logros que esta singular institución acredita en el marco de la reconciliación política entre las grandes potencias europeas, ni de su contribución, ciertamente más modesta, a la gestión pacífica de los muchos conflictos sociales o étnicos que alberga en su seno, sino más bien como la expresión de una solemne invitación a que la Unión Europea reflexione sobre sí misma, a que piense sobre su pasado y su presente, para que de ese modo recupere el impulso político.

Ese planteamiento exige no obstante una inspiración doctrinal completamente nueva que afirme sin ambages el fundamento público del principio de autoridad y del gobierno de la economía, y el abandono en suma de la noción de gobernanza como concepto guía, toda vez que la crisis ha puesto de manifiesto las consecuencias dramáticas de la creciente confusión que esa noción, con su deliberada ambigüedad, produce en su razón de su difícil compatibilidad con las categorías de la jerarquía institucional, del derecho público y de la política representativa, como fundamento de los sistemas políticos democráticos.

Ese impulso, que habrá de mostrar la necesidad de profundización del modelo de integración, se irá haciendo clara a medida que los efectos de la crisis, y su gestión deficiente en el plano intergubernamental, acaben mostrando, a la vista de la generalización del malestar social, que la Unión Europea constituye no sólo una comunidad transnacional de riesgo, catalizadora en sí misma de una nueva conciencia política postnacional, sino también, por imperfecta que resulte todavía su arquitectura interna, el *locus* político por excelencia en el que habrá primero de catalizar, y luego expresarse a través de la democracia representativa, una nueva respuesta política que habrá de ser además compatible con la nueva gramática de la democracia postnacional, que sólo la Unión Europea es capaz hoy por hoy de enunciar, aunque sea de manera incipiente y ciertamente imperfecta. Claro que, para que ese pensamiento institucional rescate a la Unión Europea de su autodestructiva melancolía haría falta una renovación radical de la acomodada e incapaz clase política europea.

POBREZA Y DESIGUALDAD COMO DESAFÍOS PARA LA PAZ

Consuelo Crespo Bofill
Presidenta UNICEF España

Siglo XXI. Europa es un continente en paz. Tras la Segunda Guerra Mundial, la idea de una unión económica entre las potencias europeas toma cuerpo y termina configurando un panorama desconocido durante siglos: casi 70 años de paz (sólo rota parcialmente por conflictos armados de carácter regional, como la guerra de los Balcanes, terriblemente trágicos y sangrientos). Por fortuna, difícilmente podremos sufrir en la Europa de hoy un conflicto bélico como los que durante siglos asolaron el continente. Buena parte de esta pacífica existencia se la debemos a la Unión Europea.

El Nobel concedido en 2012 a la institución ha levantado argumentos y opiniones a favor y en contra. Creo que la UE atesora sobrados méritos para recibirlo. Aunque, por otra parte, si la UE no hubiera “contribuido durante más de seis décadas al progreso de la Paz y la reconciliación, la Democracia y los Derechos Humanos en Europa” (que es por lo que ha sido reconocida) ¿tendría hoy algún sentido su existencia? ¿Se la premia por cumplir con lo que le marca su propio Tratado fundacional? ¿No es parte fundamental de su obligado cometido?

Evitando entrar en esa polémica, la realidad es que se han sucedido más de seis décadas de paz con muy pocas sombras. Pero es momento de plantearse que la paz es algo más que la ausencia de conflicto. Ya no pensamos en el enfrentamiento bélico clásico, hoy la paz tiene que ver con la igualdad de oportunidades, con la libertad, con la justicia, con el bienestar; mientras más lejos estemos de ellos, más lejos estará la paz.

Y ahí es donde la UE, desde un punto de vista interno, debe poner el énfasis: en afanarse por evitar la deriva de una división cada vez más profunda entre norte y sur dentro de la propia Europa y posicionándose adecuadamente cuando la cuestión está fuera de ella; en frenar las bolsas de pobreza; en luchar y poner todos los medios para acabar con la dramática situación de buena parte de la infancia de sus países miembros. Como dijo Philippe Cori, Director de UNICEF en Bruselas, con motivo de este Premio Nobel, *“las semillas de la guerra comienzan cuando a los niños les es robada su infancia. Así que es muy importante destinar nuestros recursos pero también nuestra atención política y social a los niños para producir beneficios desde la paz”*. En este sentido, la crisis económica ha puesto de manifiesto una peligrosa deriva en los últimos años, en el seno de la institución: la anteposición de intereses nacionales frente al interés general de todos sus socios, de todos sus ciudadanos. En el orden económico, donde surgen dudas sobre si los Estados más potentes

no están anteponiendo sus intereses “domésticos” frente a los generales de la Unión, y con ello provocando mayor desigualdad y pobreza, ingredientes éstos alejados de la idea de paz por la que ha recibido el Nobel.

Quizás sea en el plano externo donde el camino marcado por la UE en los últimos años deba consolidarse definitivamente. Así, su papel de apoyo a los movimientos democráticos en la Primavera Árabe debe servir de modelo para actuar en casos sangrantes de conflictos armados a nivel regional que por desgracia siguen salpicando el planeta.

Y, si hablamos de desafíos fuera de las fronteras de la “enriquecida” Europa, no podemos olvidar que, por primera vez, tenemos el conocimiento y los recursos necesarios para erradicar la pobreza, para ganarle la partida a la desigualdad en las zonas más depauperadas del planeta. Se ha avanzado mucho, la UE ha contribuido a alcanzar logros inimaginables, pero también es cierto que en este último lustro asistimos a una desaceleración de las políticas encaminadas a luchar contra esa pobreza y esa desigualdad que son las grandes causas de la inseguridad y los conflictos.

La UE y sus Estados miembros tienen la obligación de mantener la inversión en desarrollo, porque viene demostrando resultados espectaculares, como el descenso en el número de niños menores de cinco años que mueren por causas evitables (neumonía, diarrea...), que se redujo de casi 12 millones en 1990 a 7 millones en 2011), y porque si hay un retroceso en esa inversión, habrá un retroceso en desarrollo humano y eso nos aleja, sin duda, de la paz. Debe adoptar grandes decisiones políticas que tengan al ser humano como prioridad y que estén respaldadas por planes de acción que provoquen los cambios necesarios. Solo desde los órganos de gobierno, nacionales y supranacionales, se puede promover la transformación que, un día, logre acabar con la inadmisiblespiral de la pobreza y sus terribles consecuencias para vidas individuales y para el mundo entero.

La Unión Europea tiene un papel clave en esta transformación. La propia institución necesita cambios para abordar esos retos internos y externos. Los conflictos del siglo pasado en la vieja Europa dieron paso a la creación de la CEE, hoy convertida en una UE con cotas de bienestar ganadas por derecho, con la visión y el esfuerzo incuestionable de los que creyeron en ella, por todos los que superaron crisis muy importantes.

Una firme y profunda propuesta de la Unión apostando por el desarrollo humano sería escuchada en los rincones en los que se toman las decisiones que rigen el mundo.

EL MODELO SOCIAL EUROPEO COMO RELATO DEL PROCESO DE INTEGRACIÓN

José Luis de Castro Ruano

Profesor Titular de Relaciones Internacionales. UPV/EHU

Cátedra Jean Monnet

Basta con hacer el recuento histórico de los galardonados con el Premio Nobel de la Paz para entender por qué la controversia ha acompañado a menudo su concesión; en la edición del 2012 la situación no iba a ser diferente y el galardón obtenido por la UE no dejaría indiferente a casi nadie. Junto a las loas y/o críticas a tal distinción, surge la pregunta inevitable: ¿por qué ahora?

Desde hace más de 60 años, el proyecto europeo ha contribuido de manera decisiva al mantenimiento de la paz y la promoción de los Derechos Humanos y la Democracia en el Viejo Continente. Si primero fue la reconciliación franco-alemana, luego fue el anclaje democrático de Grecia, Portugal y España, posteriormente de los países de Europa Central; y, más recientemente, la UE se erige como instrumento de estabilización de los siempre inestables Balcanes. Desde el inicio, y aún antes como vemos en el Manifiesto Paneuropeo de Kalergi de 1924 (“No hay que cansarse en repetir esta verdad sencilla: ¡una Europa dividida conduce a la guerra, a la opresión, a la miseria; una Europa unida, a la paz!”) y en el Proyecto Briand ante la Sociedad de Naciones en 1929 (“Pienso que entre pueblos que están geográficamente agrupados como están los pueblos de Europa, debe existir una especie de lazo federal”), la integración europea tuvo como motivación fundamental evitar la guerra (“Europa no se construyó y hubo la guerra” leemos en la Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950.), aún más, hacerla estructuralmente imposible como ocurre actualmente en el seno de la Unión. Desde este punto de vista, la concesión del Nobel de la Paz es justificada y el merecimiento de la UE indiscutible. Pero, ¿por qué ahora?

Parece difícil no ver en la decisión del Comité noruego un intento de apuntalar un edificio en el que se vislumbra cierta “fatiga de materiales”. Cada vez es más visible el riesgo de que la crisis financiera acabe por destruir el proyecto de integración construido muy trabajosamente a lo largo de más de seis décadas. A las dificultades y desafíos propios de la coyuntura, se une una desafección ciudadana sin precedentes. Si el éxito de la Unión como generador de paz estructural es indiscutible, la mutación del modelo social europeo que paso a paso estamos padeciendo por las políticas de austeridad consecuencia de la crisis financiera, sí son objeto de discusión. La integración europea se erigía como un experimento único de integración de países y pueblos en torno a una serie de valores y principios éticos como la solidaridad y la justicia social; la construcción de una economía social de mercado inclusiva y solidaria, con amplias coberturas sociales y equilibradas cotas de bienestar para la mayor

parte de una población que otorgaba una especie de “consenso permisivo” y legitimidad a través de sus resultados. Todo esto está cambiando radicalmente: los resultados ya no son buenos, la pobreza se hace presente en nuestras calles, y la UE es percibida como la causante de la fractura social.

Sesenta años después, la consecución de la paz no es ya un elemento suficientemente movilizador a favor de la causa europea; el relato que durante décadas justificó, alentó y legitimó la construcción europea ha finalizado, a pesar de la concesión del Nobel de la Paz que, por lo mismo, se discute cuando no simplemente es objeto de indiferencia, desprecio o chanza. Hay que buscar una nueva narrativa que proporcione un relato de la Unión esperanzador y suficientemente motivador. Si la utopía europea es secuestrada por una ideología economicista centrada en los mercados y alejada de la ciudadanía, el relato europeo entra en crisis y la desafección hacia el proyecto político más apasionante jamás creado es inevitable. Las consecuencias están a la vista: populismos antieuropeístas, extremismos antisistema y alejamiento –cuando no abierta oposición– de la ciudadanía acerca del proyecto europeo. Barroso lo reconocía implícitamente ante el Parlamento en su Discurso sobre el Estado de la Unión un mes antes de la concesión del Nobel de la Paz: “La UE se construyó para garantizar la paz. Hoy en día esto significa hacer que nuestra Unión pueda responder a los desafíos de la globalización. Por ello necesitamos una nueva reflexión sobre Europa”.

Si además de lograr la paz estructural, consideramos que la economía social de mercado (el modelo social europeo ahora en entredicho) era la otra seña de identidad del proyecto europeo; hay que decir que los Estados no serán capaces de asegurar estos logros sociales en este mundo globalizado. Si el egoísmo estatal propiciado por la crisis nos lleva, por ejemplo, a negociar bilateralmente con China para la consecución de inversiones y mercados, compitiendo unos europeos contra otros, en lugar de proponer una relación conjunta con Pekín; simplemente estaremos renunciando a desarrollar estrategias para enfrentar el dumping social. Solo la elaboración de tales estrategias conjuntas nos permitirá, mal que bien, mantener determinadas cotas de protección social en la competitiva economía globalizada actual. Este es el relato que puede llevarnos a que nos reconozcamos en Europa. En palabras, de Susan George⁴:

“Para decirlo sin rodeos, no creo que sea posible otro mundo sin una Europa consciente de su papel indispensable, y resuelta a mantenerse fiel a sus raíces, a su cultura y a los aspectos más positivos de su historia, especialmente su historia de posguerra, y a construir a partir de ellos. Además, a menos que logremos construir esa conciencia europea y, desde ahí, un modelo social europeo muy diferente del estadounidense; a menos que podamos usar ese modelo como base para ese otro mundo posible, no sólo no será posible otro mundo, sino que la propia Europa podría convertirse en un páramo con hermosas iglesias, castillos y buen vino; pero páramo al fin y al cabo”.

⁴ *Otro mundo es posible si...*; Barcelona, Icaria Editorial, 2004, p.112.

“SI QUIERES LA PAZ TRABAJA POR LA JUSTICIA”: UNIÓN EUROPEA Y CORTE PENAL INTERNACIONAL

José Luis de la Cuesta Arzamendi

Presidente de la Asociación Internacional de Derecho Penal (AIDP)

Director de los Cursos de Verano. UPV/EHU

El 1º de julio de 2002 entró en vigor el Estatuto de la Corte Penal Internacional, (CPI) haciendo realidad esa “utopía” promovida durante décadas desde tantas instancias, entre ellas l’*Association Internationale de Droit Pénal* (AIDP-IAPL), que desde la Asamblea general de 2004 (China, Beijing) tengo el honor de presidir. Creada en 1924 en París como refundación de la Unión Internacional de Derecho Penal (Viena, 1889), ya desde su primer Congreso (Bruselas, 1926) la AIDP-IAPL reclamó el establecimiento de una Corte criminal internacional, como instancia permanente de justicia, competente para el enjuiciamiento (y sanción), entre otras, de la responsabilidad penal (tanto individual como estatal) derivada del crimen de agresión, delitos conexos y otras violaciones graves de la legislación internacional cometidas en tiempos de guerra o de paz; así como por otros crímenes de naturaleza internacional constitutivos de una amenaza para la paz mundial.

Frecuentemente se han destacado las aportaciones de la UE al proceso de creación de la CPI, y su trabajo en pro de la incorporación del mayor número de países, al igual que su decisiva contribución económica. Además, la UE se ha esforzado en impulsar el diálogo para involucrar a los EE.UU. en el proceso de la Corte, mediante la búsqueda y el establecimiento de cauces específicos, al menos para casos concretos.

También en 2010 en Kampala, en la Conferencia de revisión del Estatuto de Roma, se hizo notar la aportación de la UE y de sus miembros a favor del refuerzo de la independencia de la CPI y de su funcionamiento eficiente, así como por la culminación y desarrollo de sus previsiones estatutarias y la ampliación de las vías de cooperación.

Ciertamente, también en este campo la acción de la UE presenta múltiples claroscuros, no pocos de ellos derivados de la falta de uniformidad interna de criterio en ámbitos fundamentales para el progreso y credibilidad de la CPI (complementariedad, inmunidad, cooperación con la Fiscalía y la Corte, víctimas y testigos, detención y arresto...); en éstos, como en tantos otros, las diferencias entre los Estados miembros –que siguen actuando internacionalmente con personalidad propia y hasta defendiendo posiciones poco compatibles con las mayoritariamente compartidas– acaban reflejando de nuevo esa lamentable debilidad de la política exterior de la UE que resulta inaplazable superar.

En todo caso, culminada la Conferencia de revisión de Kampala, la UE aprobó una nue-

va decisión (2011/168/PESC) y un plan de acción (2011), los cuales suponen una importante ratificación de su compromiso con la CPI y han de facilitar la tarea de unificación interna de estándares, asegurando una mayor coherencia entre los instrumentos europeos y las políticas estatales y el aprovechamiento de las potencialidades del Tratado de Lisboa para reforzar la cooperación con la CPI no sólo de la Unión, sino igualmente por parte de sus miembros.

Si, como recordara Pablo VI en su conocido “Mensaje por la Jornada mundial de la paz” de 1972, que encabeza este texto, la paz es inalcanzable sin justicia –*Opus iustitiae pax* (cfr. Is 32,17)–, es de esperar que, a pesar de sus problemas e insuficiencias y como pilar fundamental de la lucha por la justicia penal y contra la impunidad en el plano internacional, la contribución de la CPI al mantenimiento de la paz y el refuerzo de la seguridad internacional pronto se revelará decisiva. Merecen, por ello, destacarse el compromiso y apoyo de nuestras instituciones europeas a la CPI, coherente con la relevancia otorgada desde 1995 a la lucha contra la impunidad de los más graves crímenes internacionales y con las referencias al Estado de Derecho, a los derechos humanos y al Derecho humanitario internacional entre las prioridades de la política exterior de la UE.

LOS EUROPEOS

Nicolás de Miguel
Vicepresidente de EUROBASK (UPyD)

La reciente concesión y entrega del Premio Nobel de la Paz a la UE fue acogida cuando menos, con sorpresa. Como representante de un proyecto compuesto de ciudadanía libre, UPyD no puede sino abanderar la Europa de los ciudadanos. La Unión Europea como agente de libertad, de paz, deseada y necesaria, pasa por abundar en la solidez de una fiscalidad única, una federalidad real y solidaria, cuyo eje sean sus ciudadanas y ciudadanos, traducido en la cesión paulatina e irreversible de soberanía política y social por parte de sus miembros. Una unidad vigorosa, que atempere la *realpolitik* con la *socialpolitik*, buque insignia de lo que debemos entender como europeidad, ahora seriamente amenazada.

Si el Nobel es entendido como un distintivo honorífico por no masacrarse entre sí, un reconocimiento a la construcción de una arquitectura supranacional superadora de divisiones y enfrentamientos seculares, merecido lo tiene. Pero paz no es un término que aluda exclusivamente al no belicismo: debe llevar implícita una armonía social: lo que comúnmente conocemos como Estado del Bienestar, hoy sacudido, puesto en cuestión. Un bienestar que hunde sus raíces en el sacrificio, involuntario, de millones de europeos, ignorantes que veinte años después de la caída del Muro, tanto sufrimiento, de no remediarlo, pudo ser baldío. En aquel continente sumido en la ruina física y ética que alumbrara el Movimiento Europeo y en el que se gestara el embrión de la actual UE, fracasaron los primeros esbozos de unidad política. Se avanzó en una unidad comercial, financiera y monetaria interna asimétrica, con pilares rubricados siempre al albur de coyunturas cortoplacistas. Y en pleno siglo XXI, seguimos sin regular la presencia de los mercaderes en el templo de la democracia, con el concurso necesario de cierta clase política. Una clase en algunos países devenida en casta mediocre sin capacidad de reacción. Con semejantes mimbres, no es de extrañar la irrelevancia de esta Unión como garante y exportadora de los valores que dice amparar, y por los que se le acaba de reconocer –paradójicamente en un país que declina ser parte de la UE–.

Sin una voz única creíble en materia de política exterior e interior, con algunos miembros jugando –de nuevo bajo distinta faz– al rol hegemónico, partida estéril en un orbe multipolar; que pone de manifiesto la impotencia de la estructura actual de la UE como agente de paz, de justicia y defensora de los Derechos Humanos. Relegada al papel de actor de reparto, esta UE no precisa retoques, sino una intervención quirúrgica radical, siquiera por supervivencia. No es de extrañar por tanto, la presencia de regímenes abyectos dentro de la propia Europa. Ni produce ya incredulidad que incluso en la mismísima UE –resultante de una expansión precipitada y preñada de desajustes– se atajen tarde y mal, tics políticos que hace apenas unos años no hubiésemos dudado en calificar de autoritarios, cuando no de fascistoides.

Que expresiones como “más Europa” dejen de ser escuchadas, como mínimo, con escepticismo por buena parte de los europeos. Que sea sinónimo de progreso, de justicia social, de valores democráticos. Menos palabrería hueca y metafísica. Acometamos de una vez por todas la constitución de instituciones comunes dotadas de poderes legislativos y ejecutivos que trasciendan de intereses particularistas.

La empresa que soñaron nuestros antepasados, ya desde la Modernidad, que tomó cuerpo en las Luces con el más vigente que nunca lema revolucionario de las postrimerías del XVIII. Depositaria de lo mejor de la Antigüedad grecorromana. Que tomó plena conciencia como comunidad cultural más allá –sin renegar de ella– de la Cristiandad, con nuestros ilustres decimonónicos a la cabeza. Continuada, pese a condiciones tan adversas como las padecidas en la primera mitad del siglo pasado. Esta empresa, pese al reto difícil que supone, ciudadanos europeos, es no ya la deseable, que obviamente también, es la única posible.

POR EL ORGULLO DE SER EUROPEO

Javier Elzo

Catedrático Emérito de la Universidad de Deusto

Algunos estudiosos insisten que el argumento principal a favor de la construcción europea desde 1945, y que ha debido pesar lo suyo en la decisión de conceder a la Unión Europea el Premio Nobel de la Paz, es que ha creado un espacio donde la guerra no fuera posible. Lo que es cierto, pero solamente en Europa Occidental, pues no podemos olvidar la denominada “guerra de los Balcanes” en la ex-Yugoslavia.

También se apunta que, después de las guerras de 1914-1919 y 1939-1945, era necesaria una organización que superara los, mal reputados, nacionalismos y patriotismos, creando una entidad supranacional, denominada en la actualidad Unión Europea. Pero aquí también constatamos la emergencia de lo que púdicamente se denomina la “preferencia nacional”, por ejemplo en la fórmula de Le Pen “*les français d’abord*” que recoge la aquiescencia de bastantes más ciudadanos, en Francia y en otros países europeos, que los simpatizantes de la derecha extrema. Recuérdese el rechazo de Francia y Holanda al Proyecto de Constitución europea durante el primer semestre de 2005.

El Ministro británico de Asuntos Exteriores del momento, Jack Straw, tomó buena nota de lo sucedido y en un clarificador artículo de prensa “Subsidiariedad: en busca del equilibrio” (El Correo/DV 09/09/05), sostenía que, en lo que pueda decidir el Parlamento británico, no interfiera el europeo. Entendía que así, ambas instituciones saldrían reforzadas y que los sentimientos de pertenencia (múltiples) de los europeos no se verían lesionados teniendo que optar entre ser inglés, francés, holandés etc., y europeo. Mi acuerdo es total con un solo, pero importante, matiz: no se limite el principio de subsidiariedad a las relaciones entre los parlamentos de los Estados miembros y el Parlamento Europeo. Aplíquese también a los parlamentos de las diferentes regiones, naciones, *landers*, comunidades nacionales o como se les quiera llamar. Si queremos que la Unión Europea sea algo más que una unión monetaria será preciso que los vascos, catalanes, españoles, franceses, ingleses, escoceses, etc., etc., digamos, con orgullo, que somos europeos. Y estamos lejos, muy lejos, de alcanzar ese objetivo.

En las encuestas europeas de valores, llevamos preguntando, desde hace veinticinco años, por los sentimientos de pertenencia ofreciendo a los encuestados cinco posibilidades de respuesta de las que, en orden de prioridades, deben seleccionar dos: pertenencia a la localidad donde se habita, a la región o autonomía, al Estado, a Europa o al mundo entero. Sistemáticamente el sentimiento de pertenencia a Europa se posiciona, y por gran diferencia, en la última posición. Los ciudadanos europeos se sienten, incluso, en notoria mayor

medida, ciudadanos del mundo que ciudadanos de Europa. Europa como ámbito referencial de pertenencia no ha calado.

Personalmente soy un europeísta convencido. Es cierto que la Europa que se está construyendo es más la Europa económica y financiera que la cultural, social y humanista. Pero, según la bella fórmula de Amin Maalouf, “la Unión Europea nos ofrece el ejemplo de una utopía que se realiza”. Porque Europa no es solamente el euro. Es también, por ejemplo, la proliferación de universitarios que se forman fuera de sus países de origen, muchos continuando allí su vida profesional. Cuando no encontrando su pareja. Los matrimonios internacionales están aumentando y las siguientes generaciones se dirán, en mayor grado que ahora: “somos europeos”.

Con orgullo además. Pese a la degradación de los últimos años del siglo actual, en pocos lugares del mundo, si hay alguno, las desigualdades sociales son menores que en Europa, la libertad de pensamiento y de presencia pública de los diferentes credos políticos y religiosos mayor, sin olvidar la protección de las personas enfermas, aisladas o sin trabajo, como la que tenemos en la vieja Europa. De ahí que, para el mañana de nuestros hijos y nietos, propugne una Unión Europea fuerte donde se voten, el mismo día, los parlamentarios federales y el Presidente de la Unión Europea, una Europa donde a la única ciudadanía europea se alíe el respeto, protección y promoción de las diferentes culturas e idiomas de los pueblos y Estados que la conforman y enriquecen. Esa Europa tendrá mucho que decir al resto del mundo.

UN PREMIO NOBEL PARA LA PAZ ESTRUCTURAL EUROPEA

Igor Filibi

Vicepresidente de EUROBASK (EAJ-PNV)
Profesor de Relaciones Internacionales. UPV/EHU

Con la Reforma protestante (1517) Europa se desgarró en una sucesión de guerras civiles religiosas y políticas que sólo culminan a mediados del siglo XVII con la Paz de Westfalia (1648). Los Estados modernos y sus incesantes guerras pasan a convertirse en los principales actores de la historia de Europa. Los gobernantes que firmaron los acuerdos de aquella primera Paz europea sólo encontraron una fórmula para evitar seguir matándose: reconocerse entre sí la soberanía sobre sus territorios y, por lo tanto, la capacidad de decidir qué religión deberían profesar sus súbditos.

Exactamente tres siglos después, tras otra serie interminable de guerras terribles, varios cientos de europeos se reunieron en el Congreso de La Haya en mayo de 1948. Las dos guerras mundiales habían dejado muchas decenas de millones de muertos en los frentes de batalla y en los campos de exterminio. Las primeras armas atómicas habían mostrado la pesadilla a la que conduciría una nueva guerra que, en el marco de la Guerra Fría, se volvería a desarrollar en Europa. Aquellos debates de La Haya arrojaron una conclusión unánime: era preciso que Europa se uniese.

La propuesta francesa del 9 de mayo de 1950 no pudo ser más clara: Europa no se hizo y tuvimos la guerra. Si se quería evitar una nueva guerra, que sería la última, era preciso unir los pueblos del continente bajo una única autoridad supranacional. Los Estados debían renunciar a sus egoístas soberanías en la búsqueda del bien común.

Resulta curioso que la soberanía que sirvió para evitar las guerras del siglo XVII, fue sin embargo la culpable de las guerras del siglo XX. En la actualidad, nadie puede siquiera imaginar una guerra entre Francia y Alemania, o entre cualquier otro país europeo. Tal y como prometió la propuesta del ministro francés Robert Schuman, hoy en día la guerra en Europa es no ya impensable, sino materialmente imposible. Aún no hemos construido la federación europea, propósito último del proceso de integración, pero sí hemos logrado su primer y más ambicioso objetivo: la paz entre los Estados. Es por esto que la Unión ha recibido el Premio Nobel de la Paz el 3 de diciembre de 2012.

Lo más valioso del proceso de integración es el diseño e implementación de una nueva clase de paz, una paz que ya no se deshincha en función de los vientos políticos. Se trata de una paz estructural, basada en tejer una malla de intereses y valores tan estrecha y profunda,

que nadie puede deshacerla. La dimensión europea es tan característica de nuestros Estados que hace ya tiempo que dejaron de ser solo nacionales.

Nuestra paz también tiene una dimensión externa, porque el valor del diálogo, de definir el problema en común y afrontarlo también en común, no se agota en Europa. Los europeos han contribuido con su experiencia y sus recursos en numerosos conflictos. En ocasiones se nos acusa de ser demasiado blandos, de renunciar a tener el poder militar sustentando nuestra política exterior. Por supuesto que no renunciamos a tener una política exterior ambiciosa, pero hemos aprendido de la forma más dura, y no deseamos la guerra, ni en Europa ni en ningún lugar.

Por eso, cuando alguien usa la violencia, Europa mira alarmada. También dentro de las fronteras de los Estados. Desde la firma del tratado de la Unión Europea en Maastricht (1992) mucha gente comenzó a definir el conflicto de Irlanda del Norte como un conflicto europeo. A partir de este diagnóstico se articuló una de las experiencias en resolución de conflictos y reconciliación más interesantes de la historia, el Programa PEACE liderado por la Comisión Europea. Sus enseñanzas, como proclamó orgullosa la comisaria Monika Wulf-Mathies, podrían ser de ayuda en más lugares de Europa.

Finalmente, cuando se terminen los conflictos nacionalistas (con o sin Estado), aún quedarán otros conflictos y otras violencias. Galtung hablaba de violencia estructural: todo daño evitable implica una violencia. Violencia de género, todo tipo de exclusión y de discriminación, parecen esbozarse como los siguientes conflictos que deberemos resolver los europeos.

LA UNIÓN EUROPEA: UN AGENTE DE PAZ O 27 VOCES CON NOTABLES GALLOS

Eusebio Gainza
Vocal de EUROBASK

Todos los europeístas nos hemos alegrado del otorgamiento del Premio Nobel de la Paz a la UE y reconocemos la gran aportación realizada al erradicar las guerras civiles europeas, que durante toda la historia habían assolado nuestro continente. Sin embargo, procede hacer una reflexión, tanto desde una perspectiva europea, como internacional, en unos momentos de profunda crisis y división en la Unión, que ponen en riesgo el proyecto de integración europeo, al aparecer la UE en la mente de muchos europeos, como responsable de las drásticas medidas y recortes, que padecemos, por encima de los propios líderes de los Estados-nación y su demostrada incapacidad y falta de acierto para dar soluciones al interminable acoso de los mercados especulativos, dirigidos por el sistema bancario, que inició la crisis.

Mirando hacia dentro de la UE es evidente comprobar que los sucesivos tratados que se han puesto en marcha en vez de la Constitución Europea, que impulsó el Movimiento Europeo Internacional, han puesto de relieve las bases poco sólidas de una Unión, tanto en el campo económico, como en la protección social de sus ciudadanos frente a los poderes económicos. Mientras que mirando hacia fuera seguimos comprobando que la operatividad de la UE, tanto en los sucesivos conflictos externos, que amenazan nuestra paz y seguridad (Israel-Palestina, Irak, Afganistán,...), como en política exterior es papel mojado. Por ello, rescatando las ideas expresadas desde el inicio del europeísmo, creemos imprescindible sustanciar la Unión en los tres principios complementarios de la EUROPA FEDERAL, que convengan a los ciudadanos de que sus impuestos revierten en el bienestar y servicios que disfrutan:

- Una única política en los asuntos que afecten al ámbito del exterior de la Unión (Unidad).
- La importancia de los Valores Europeos, que tantos años de Paz y Progreso han significado y que deben ser la base de las Directrices horizontales de la Federación, para coordinar las Políticas propias de cada Estado Federal.
- La gestión y ejecución de los servicios y políticas internas de la Unión en el ámbito más cercano a los Ciudadanos (Subsidiariedad).

Tratando de esbozar los ámbitos que entendemos sustanciales gestionar de manera unitaria en la Unión Federal Europea, debemos destacar:

1. **Política y Representación Exterior Única.** La voz única de la UE es imprescindible para dar una imagen unitaria y lograr que los intereses europeos estén realmente representados y sean respetados a nivel planetario, a la par que abaratará, obviamente los múltiples gastos que la desunión lleva aparejados. La sustitución de las 27 embajadas, que los países de la Unión tienen actualmente en cada país de mundo, por una única embajada de la UE y la eliminación de las Embajadas internas de los Países de la Unión en el resto de los Países de la Unión: 27x26 son 702 embajadas inútiles, se antojan gastos innecesarios, estemos o no en tiempos de crisis.
2. **Defensa.** Mantener 27 Ministerios de Defensa, teóricamente para defendernos de los enemigos de la Unión, además de multiplicar inútilmente el gasto, supone perder efectividad en la coordinación de 27 Ejércitos, que cuando salen en su función exterior responden a 27 mandos diferentes y a 27 políticos diferentes para tratar de solucionar problemas en que los políticos de la Unión no se ponen de acuerdo. La lógica ineficacia e infinitos gastos son un despropósito a todas luces incompatibles para tener un sistema de Defensa Europeo tecnológicamente avanzado y que responda exclusivamente a los intereses de la Unión.
3. **Política Monetaria y Unión Económica.** Es a nuestro entender y sin lugar a dudas el tercer eje de la UE que debe conllevar una política unitaria. Los correctos pasos dados para la Unión Monetaria en la zona euro, en modo alguno pueden ponerse en entredicho por no haber sido capaces de dejar también los Estado-Nación la Política Económica consecuente en manos de la Unión, a través de un Banco Central Europeo (BCE) que mire exclusivamente por los intereses de la Unión y de sus ciudadanos, no solamente en la fijación y control de los niveles de déficit, sino también en el establecimiento de Directrices horizontales en políticas Fiscales, de recaudación y de gasto y un tipo de interés único para el endeudamiento de las diferentes Administraciones de la Unión, con referencia al Propio Euribor en niveles no especulativos. Ningún empresario, ni ciudadano de la Unión en su sano juicio puede entender que nuestro Banco Público por excelencia, el BCE, entregue dinero a los Bancos para que estos se los presten a los accionistas del propio BCE multiplicado a precio por 3 ó 4, mientras se ve incapaz de establecer una tasa europea a las grandes transferencias de capitales.

Caminar en esta dirección, que se antoja imprescindible para no desandar caminos que nos lleven a oscuros pozos de desencuentro y violencia ya olvidadas, exigen la transformación de la Comisión Europea en un auténtico Gobierno de la Unión con dependencia exclusiva del Parlamento, elegido directamente por los ciudadanos y no dejar el rumbo de la Unión en los líderes de los Estados-Nación, que sólo representan a los ciudadanos que los eligieron.

Somos conscientes de que una apuesta de este tipo puede necesitar de grandes dotes de persuasión y liderazgo desde las instituciones Unitarias para conseguir avanzar con determi-

nación, por lo que la existencia de diferentes velocidades y el establecimiento de directrices generales en la aplicación de las políticas internas, puede estar justificada, siempre que el Grupo de Países y Euroregiones que lideren la Unión, sean capaces de traccionar y mostrar el camino al que el resto vayan adhiriéndose en sucesivos plazos.

MOTIVO DE CELEBRACIÓN

M^a Carmen Gallastegui

Catedrática de Fundamentos del Análisis Económico. UPV/EHU

El Premio Nobel de la Paz concedido a Europa ha sido visto por algunos con mirada crítica y, por otros, con apreciaciones que suenan a justificación, como la que apunta a que la concesión ha sido concebida más como un espaldarazo a Europa para que siga avanzando, que como un reconocimiento a la labor llevada a cabo hasta ahora. Y, sin embargo, también hay una visión algo intermedia que puede permitir felicitarnos como europeos por la concesión del Premio Nobel de la Paz, sin complejos y sin excesiva complacencia.

Es evidente que las motivaciones económicas no son la única razón para que se produzcan guerras entre países pero sí que constituyen un factor de desestabilización de las relaciones. Lo que Europa ha conseguido hasta la fecha, desde mediados del siglo pasado hasta el presente, es hacer un esfuerzo por constituir un espacio económico común, algo que sin duda ayudará a que las guerras que nos han asolado en otras épocas sean mucho más improbables.

Las dos guerras mundiales, la primera en los años 1914-18 y la segunda en el período 1939-45 dejaron a Europa destrozada y algunos países, Alemania por citar un ejemplo, necesitaron mucho tiempo y ayuda para poder reconstruir su nación, sus relaciones exteriores, su imagen, su economía, aniquiladas como consecuencia del conflicto bélico que ella misma ayudó a provocar. Desde entonces, han transcurrido 68 años en los que se ha practicado el entendimiento entre los países europeos, la construcción de una Unión Europea, de una moneda común, la liberalización de los intercambios comerciales, el diseño de un único mercado de bienes y servicios y se está discutiendo y dando pasos en la dirección de una mayor creación de instituciones que apalanquen y aseguren los cimientos de lo que hasta ahora se ha logrado. En esta tarea se han cometido numerosos errores. Algunos son sobradamente conocidos: la ausencia de una zona monetaria óptima, de una política fiscal común, de una supervisión financiera unificada y de una unión bancaria, entre otros.

La construcción europea está siendo lenta por múltiples razones. La dificultad de la tarea es evidente. Conseguir que Estados independientes vayan cediendo competencias económicas importantes (léase la Política Monetaria) a una institución europea común (Banco Central Europeo) requiere mucha voluntad política y mucho consenso interno. Esa lentitud está siendo más evidente en estos años en los que la crisis económica azota Europa con dureza, aunque no de forma homogénea lo que hace que se aprecien diferencias substanciales entre las aproximaciones que propulsan los países de norte y los países del sur del euro. Pero el desarrollo de Europa sigue adelante aunque precise de cambios de timón importantes si se

desea culminar con éxito lo emprendido con tanta ilusión. Es importante resaltar que los esfuerzos están basados en unas ideas comunes acerca de la necesidad de diseñar un estado de bienestar que proteja a los ciudadanos europeos de su mala suerte o de su peor situación de partida o, como en situaciones similares a la que estamos viviendo, de los estragos que las crisis económicas ocasionan, sobre todo a los más débiles.

A mi juicio el camino recorrido desde la creación de la CECA (Comunidad del Carbón y del Acero), más tarde el mercado interior, el mercado único, la UE (Unión Europea), la UEM (la Unión Monetaria) con la moneda única... es un camino que siempre ha estado guiado por la idea básica de conseguir un entramado institucional para los países europeos en los que la paz sea la regla y no la excepción y donde el progreso y el bienestar de los ciudadanos sea un objetivo compartido. La tarea no se ha acabado. Estamos en el proceso de reconocer errores y de crear mecanismos que garanticen que, a pesar de la globalización, podamos sentirnos seguros porque todos compartimos un mismo barco y remamos en la misma dirección. Esto, que a veces nos deja insatisfechos cuando lo analizamos a la luz de los inmensos problemas que estamos atravesando desde mediados del 2007, es, mirado con perspectiva temporal, un logro espectacular. Y es un logro que permite afirmar que la Paz en Europa está mucho más asegurada. Que además de instituciones económicas hemos construido organismos comunes, hemos permitido la movilidad de los jóvenes y los no tan jóvenes, hemos conseguido conocernos mejor, compartir ideas, trabajar al alimón. Hemos trabajado, en el fondo, para que la paz sea lo normal y las guerras constituyan acontecimientos del pasado que no puedan regresar.

El Premio Nobel de la Paz, es pues algo a celebrar, y a todos los que consideran que Europa no ha hecho los suficientes méritos para merecerlo me gustaría decirles que puede que tengan razón, en tanto que todavía hay mucho por avanzar, pero que la dirección de los pasos dados son los adecuados y que ha habido, y sigue habiendo, mentes preclaras en Europa que diseñan, innovan, edifican instituciones y formas de funcionamiento que están logrando que caminemos hacia un futuro donde este territorio se configure como un lugar próspero, justo y pacífico. Puede que en mucho tiempo no seamos la primera potencia económica del mundo pero tampoco esto es tan lamentable si, mientras tanto, aseguramos que sea la más pacífica, solidaria y acogedora.

Los Premios Nobeles se instauraron para premiar los grandes esfuerzos. Y lo que aquí, en Europa, se ha hecho es precisamente eso; un gran esfuerzo (todavía necesitado de más apoyos) en pro de un objetivo común necesario y bueno para todos.

UNIÓN EUROPEA = PAZ

Ángel García Ronda
Vicepresidente de EUROBASK (PSE-PSOE)

Si quieres la Paz, contempla los desastres de la Guerra y piensa un buen rato sobre ellos.

Esta ligera modificación del proverbio latino puede servir de guía para la aceptación definitiva de la Unión Europea como autora principal de la concordia entre los pueblos de nuestro subcontinente. Tal tarea podría resultar un triunfo si se lograra para dicho territorio a finales de nuestro siglo XXI. En primer lugar, porque esta región geográfica, crisol de tribus, razas, lenguas y religiones, ha sido durante siglos el teatro en el que los pobladores de ella hemos representado casi todas las variantes del drama bélico; en segundo lugar, porque, como países y estados, hemos salido humanamente exhaustos de la ópera guerrera de la primera mitad del siglo XX; y, en tercer lugar, porque ya no se puede contribuir al entendimiento mundial sin que Europa se entienda dentro de su propio cuerpo.

Proclamo que el premio Nobel de la Paz otorgado a la Unión Europea es indiscutible y, en todo caso, debería habersele otorgado ya hace bastantes años. No puedo comprender que por cuestiones parciales se puedan poner en duda los merecimientos de lo que, siendo en sus albores una idea, ha llegado a ser una institución de cuya importancia ni aun los que son indiferentes a ella o la rechazan o la combaten, tienen duda. El camino recorrido ha estado lleno de tropiezos, errores e imperfecciones, pero la finalidad de los que se juramentaron para conseguir lo que hoy sigue siendo una utopía, aunque ya medible en el horizonte, continúa como norte de nuestra brújula de europeístas.

Quiero desde aquí alabar la astucia de aquellos primeros Padres de Europa al empezar la construcción por el primer cimiento: la inequívoca voluntad de conseguir lo que Kant –pilar, a su vez, de la ética humanista– estará elogiando desde su descanso inmortal, es decir, la Paz Perpetua. Esa bondadosa astucia consistió en empezar la construcción del edificio por lo que era más posible, en las naciones fatigadas y depauperadas por la guerra: los acuerdos sobre intereses económicos que podían poner en marcha con inmediatez el nuevo desarrollo postbélico. A partir de ahí, todo ha sido una marcha de anudamiento de lazos en principio fundamentados en lo económico, pero con desarrollos crecientes en lo político, social, educativo y cultural.

No ignoro que siempre corremos el peligro del totalitarismo económico y que es necesario estar alerta para no dejarse arrastrar por ese ámbito que ha fabricado unas leyes pretendiendo que, todos y en todo, hemos de seguirlas. Pero tampoco quiero ignorar que esa dificultad es una de las que se presentan en toda evolución histórica y que, si no perdemos la

visión de la meta a la que queremos llegar, también seremos capaces de dominarla.

En la persecución de la esencia y la finalidad, quiero subrayar la imprescindible unidad, basamento de igualdad en derechos de equilibrio ético y de camino de fraternidad, sin más distinción que la especial protección a quienes la naturaleza o las desigualdades históricas les han colocado en situación que les impide aprovechar lo mejor que hayamos conseguido. La diversidad nos viene sin buscarla, está en el ser humano, por ser cada uno y por ser junto a otros; lo que debemos buscar es la igualdad, condición indispensable para el equilibrio entre todos y dentro de cada uno.

Aplaudo sin reservas la concesión de este premio, por merecido y porque se tome como estímulo para que, quienes estamos en la voluntad europea, no desmayemos ni decaigamos en nuestra labor y en llevar a los escépticos al convencimiento de que nuestro futuro –por supuesto que no sólo ni principalmente el económico– está en Europa, con Europa, para Europa y desde Europa dinámica y unida.

¿QUÉ SIGNIFICA “COMÚN”?

Josu Juaristi
Periodista. GARA

El término “común” ha engrasado durante más de cincuenta años la estructura comunitaria. Pero los intereses estatales han minado, poco a poco, ese concepto y la arquitectura institucional, en constante pero lenta evolución, no es pilar suficiente para imponerlo. A veintisiete es normal que el avance sea lento, porque es complicado poner en común tanto interés divergente, pero el método del mínimo común denominador podría ahogar su potencial. La Unión Europea parece haber llegado a su Rubicón, que hoy aparenta bajar como torrente y que marca varias líneas divisorias: una de ellas, abreviando mucho, entre Norte y Sur (contribuyentes netos a un lado, y quienes solicitan y necesitan una constante solidaridad, al otro); y, la otra, simplificando aún más, entre quienes apuestan por integrar cada vez más sus políticas y avanzar hacia una unión con una fisonomía mucho más política, y los que prefieren navegar en las típicas aguas intergubernamentales comunitarias, cada uno con su propia carta de navegación, o casi. Esta deriva de los 27 en torno al concepto “común” marcó claramente, por ejemplo, el Consejo Europeo de diciembre y el acuerdo sobre el supervisor bancario común no logró ocultar el distanciamiento en todo lo demás. “Común”, hoy, significa cosas distintas dentro de la Unión, según los objetivos y necesidades de cada cual. Quizás sea ese precisamente el desafío: poner las cartas sobre la mesa y actuar en consecuencia.

Y es en ese contexto, precisamente cuando peor engrasado aparece el “interés común” europeo, cuando la Unión Europea, como tal, recibe un premio, el Nobel de la Paz, que más parece honrarla por lo que hizo que por lo que hoy es. El premio, recordando lo que los padres fundadores proclamaron, desnuda muchas de las carencias que hoy tiene la Unión, también como agente de paz. Incluso en los años 50 del siglo pasado, con la guerra aún tan reciente y estados “externos” como España en plena dictadura, ese concepto englobaba otras muchas facetas que ahora, de nuevo, son acuciantes para muchos europeos. La “paz interna” (social y económica, y democrática), en plena crisis para millones de ciudadanos, su mayor reto, entronca directamente con ese malherido término europeo, “común”. O es común (el bienestar) o no hay paz, no al menos dentro del actual modelo de integración, porque la brecha (norte-sur, y social) podría ensancharse demasiado y cuartearse por las costuras. Ni tan siquiera hay un modelo social europeo, un paraguas común, en absoluto. Hay mejores, regulares y malos.

La concesión del Nobel de la Paz debería haber sido aprovechada para dar un buen repaso a los principios, valores, derechos y obligaciones que los estados miembros deben compartir y, por lo tanto, garantizar a sus ciudadanos. Es esclarecedor observar, por ejemplo, la

diferencia abismal existente, por ejemplo, entre la actitud del Gobierno británico hacia las reivindicaciones escocesas y la posición del Gobierno español hacia Euskal Herria y Catalunya. Curiosamente, si algún mandatario europeo podría haber merecido el Nobel según los criterios tradicionales del Comité Noruego habría sido David Cameron por haber negociado y pactado el referéndum en Escocia.

Pero es posible que el Nobel haya servido para activar a la Unión en uno de los elementos que más ha descuidado últimamente: la política exterior y el servicio europeo de acción exterior sujeto a la autoridad de la Alta Representante para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Catherine Ashton, sin duda el alto cargo comunitario con menor y peor proyección. No fue casualidad que el Consejo Europeo de diciembre pusiera sobre la mesa la política exterior y de seguridad, cuando este tema ha estado ausente durante años de las cumbres, que son las que, se supone, dan el impulso político en los grandes temas. En muchas de las facetas de la política exterior, incluida la cooperación y el desarrollo y ese servicio exterior que sigue sin ser común, la UE suspende o se queda corta. Y el desafío es, precisamente, ser “común”, a 15, 20 o 27.

LA IMPRESCINDIBLE REFUNDACIÓN DE LAS INSTITUCIONES EUROPEAS

Lorena Lopez de Lacalle
Vicepresidenta de EUROBASK
Secretaria de Relaciones Internacionales de Eusko Alkartasuna

Si los padres fundadores de la Unión Europea siguieran viviendo hoy, pedirían a gritos una refundación de la Unión Europea. Robert Schumann, Jean Monnet, Alcide de Gasperi, Paul-Henri Spaak, Winston Churchill, Konrad Adenauer, Walter Hallstein y Altiero Spinelli, todos ellos, la pedirían.

En las postrimerías de la II Guerra Mundial manifestaron su firme voluntad de dejar atrás medio siglo de cruentos enfrentamientos y una historia europea construida en función de dos criterios: invasión de territorios y asentamiento de la predominancia política y del poderío económico, adquiridos ambos mediante el uso de la fuerza.

Este es el modelo que quisieron dar por finiquitado los padres fundadores.

Y así es como nació el 5 de mayo de 1949, e impulsado por el Movimiento Europeo, el Consejo de Europa, institución formada actualmente por 47 países europeos en la que, de hecho, convivieron ininterrumpidamente los países del este y del oeste antes de la caída del muro de Berlín. Entre sus objetivos cabría resaltar, por su gran pertinencia todavía hoy en el siglo XXI:

1. Crear un espacio democrático y jurídico común que vele por el respeto de los derechos humanos, la democracia pluralista y la preeminencia del derecho.
2. Favorecer la toma de conciencia y el valor de la identidad cultural europea respetando y fomentando su diversidad.
3. Desarrollar la estabilidad democrática en Europa apoyando las reformas políticas, legislativas y constitucionales necesarias.

El Consejo de Europa, si bien no tiene capacidad vinculante para los Estados, es una institución precursora y guía en un sinnúmero de asuntos. De hecho la UE sigue su estela y regula después buena parte de los asuntos allí tratados.

Fue precisamente ese deseo de un compromiso mayor por parte de los países de los que eran originarios los padres fundadores, lo que les llevó a la creación de la CECA primero y

la CEE después. La UE de la actualidad cuenta ya con 27 de los 47 Estados miembros del Consejo de Europa, sin olvidar que en Europa hay menos Estados que Pueblos que también exigen reconocimiento y respeto, que quieren implicarse en la construcción Europea y a los que habrá que dar cabida dentro de lo que debiera convertirse en Unión Política a todos los efectos.

Esta es la asignatura pendiente y la única vía de salida a la crisis no solo económica, sino de modelo de sociedad.

Los Padres Fundadores tenían liderazgo y eso es lo que necesita Europa, una figura carismática, valiente y lúcida para marcar nuevas pautas, salir de las recetas automáticas y fáciles, sacar a Europa de los diversos seguidismos, cuando no sometimientos económicos políticos y hasta culturales.

Y es precisamente ahora cuando la UE recibe el preciado galardón del Premio Nobel de la Paz. Por sus innegables méritos desde sus comienzos pero sobre todo, quisiera pensar, por su papel en adelante, en el siglo XXI.

La concesión del Premio Nobel de la Paz se hace a propuesta de una Comisión designada al efecto por el Parlamento Noruego, presidida en este momento por el noruego y decimotercer Secretario General del Consejo de Europa, Thorbjørn Jagland. Podría entenderse como un nuevo deseo de dar un impulso a la UE desde el Consejo de Europa.

No podemos pasar por alto la notable trayectoria humanista de los padres fundadores, que imprimió un carácter indeleble a lo que ha sido la sucesiva construcción de la UE.

Pero ese carácter original debe ponerse en práctica hoy también.

Es cierto que Europa ha vivido 60 años sin conflictos bélicos y que se ha dotado de instituciones democráticas, aún perfectibles, para avanzar en materia de paz pero no deja de ser cierto también que quedan capítulos pendientes tanto fuera como dentro de la Unión.

Hay dentro de la UE algunos Estados de dilatada experiencia y trayectoria diplomática en la resolución de conflictos internacionales pero como grupo, como UE, todavía no han encontrado las sinergias necesarias para ser proactivos y eficaces en conjunto. Cuando la historia pone a Europa ante hechos y ante la necesidad de intervenir rápidamente con una sola voz, la UE se queda rezagada, parapetada y frenada por los diferentes intereses nacionales. Véase el caso de Palestina o de Siria en este preciso momento.

Todavía no existe una auténtica política exterior común, sigue siendo la suma de 27 políticas diferentes y antagónicas en algunos casos.

Y si miramos hacia dentro, la UE estuvo presente y sigue apoyando el proceso de paz irlandés, pero ha de implicarse mucho más, porque su función así se lo exige, en el proceso de paz que quisiéramos abrir entre todos en Euskal Herria.

La filosofía de los padres fundadores a través de las diferentes instituciones europeas, actuales y futuras, es la que debiera inspirarnos para buscar una Europa más justa y solidaria, a la altura del Premio Nobel de la Paz que ha recibido.

POLÉMICAS EN TORNO AL PREMIO NOBEL DE LA PAZ

Mikel Mancisidor

Director de UNESCO Etxea – Centro UNESCO del País Vasco

El 12 de octubre el Comité Nobel Noruego anunció la concesión del Premio Nobel de la Paz 2012 a la Unión Europea por su contribución de “más de seis décadas al avance de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa”.

La noticia fue recibida entre el público con más tibieza que entusiasmo y no faltaron las críticas al Comité y a la institución premiada. Avanzo ya mi posición: el premio me parece justificado. En este artículo quiero con brevedad repasar algunas de las críticas y argumentar mi posición.

Así como Machado tenía su altar de poetas, tiene uno su propio altar de personalidades que en la vida le han marcado o ha admirado. Entre ellos, en mi caso, estaría Pérez Esquivel a quien seguí y leí con atención en los años de formación política e internacionalista. Y cómo no, también estaría Desmond Tutu, que a su trabajo en los duros tiempos del apartheid habría que sumar su labor por la reconciliación.

Ambos, Tutu y Esquivel, son ellos mismo premios Nobel (en 1984 y 1980, respectivamente), como es bien sabido. Viene todo esto al caso porque ambos hicieron pública, en las vísperas de la entrega del premio Nobel 2012, junto a la también premiada Mairead Maguire (1976), una dura carta criticando la concesión del premio. Tomando como base un documento a cuyos firmantes respeto tanto, me obligo a hacer el esfuerzo de considerar muy seriamente sus objeciones, aunque sea para discrepar.

Los tres nobeles firmantes de la carta acusan a la Unión Europea de no ser el “campeón de la paz” que Alfred Nobel debía tener en mente al crear y dotar el premio.

La Unión Europea no sería, según los firmantes, una entidad que haya hecho, como exigía la última voluntad de Nobel, “sus mejores esfuerzos por la fraternidad entre los pueblos, la abolición o reducción de los ejércitos o los establecimientos y la promoción de procesos de paz”. Bien al contrario, la “UE no está buscando la realización del orden mundial desmilitarizado deseado por Nobel y prefiere un orden de seguridad basado en la fuerza militar y las guerras antes que procurar la búsqueda de enfoques alternativos”.

La acusación contra el Comité es rotunda: “El comité noruego del Nobel ha redefinido y reformulado el premio en una forma que incumple con la ley”, e incluye una petición un tanto abrupta: “We ask the Board of the Foundation to clarify that it cannot and will not pay the prize from its funds”.

La carta concluye sorprendente con la consideración de “que el premio 2012 para la UE es particularmente problemático en relación la texto de Nobel que decía que (las contribuciones premiadas debían haber sido hechas) en el último año y que el premiado debía ser una persona”.

Hasta aquí la carta. A partir de ahora mis consideraciones.

Efectivamente el testamento de Alfred Nobel dice textualmente que el premiado será una persona. Pero lo cierto es que el Comité ha interpretado, mucho antes de darse este caso, que el término *persona* podría referirse a personas jurídicas o instituciones. Así aparece en las bases y podríamos irnos tan atrás como 1904, 1910 ó 1917 para ver las primeras instituciones reconocidas. Parece un tanto oportunista presentar esta objeción ahora cuando nada se dijo, que yo haya podido saber, al menos, en los casos, por ejemplo, de la Cruz Roja, Amnistía Internacional, Médicos Sin Fronteras o la Asociación de Médicos para la Prevención de la Guerra Nuclear.

Igualmente forzado me parece remitirse a la exigencia, genérica para todos los premios nobeles, de que las contribuciones fueran hechas en el año previo a la concesión del Premio. Ni las organizaciones citadas previamente habían hecho, el año anterior a la concesión del premio nada distinto a lo que venían haciendo durante décadas, ni, por poner otro ejemplo, de ningún nobel de literatura se espera que su mejor obra haya sido publicada ese año. En muchos casos (sea literatura o medicina o física o cualquier otra especialidad y desde hace más de 100 años) el premio se concede incluso décadas después de la contribución en razón, tal vez, de la oportunidad o incluso de que la dimensión de esa contribución requiere de tiempo para ser entendida y apreciada. Reprochar esta circunstancia únicamente en este caso particular no parece justo.

Más importantes son, por supuesto, las objeciones de fondo. Una lectura tan literal del texto de Nobel como la que proponen los firmantes, obligaría a retirar el premio, por ejemplo, a Rigoberta Menchú, Shirin Ebadi, Wangari Maathai o Leymah Gbowee que trabajaron por conceptos de paz más actuales (y seguramente más ricos, al incluir los derechos humanos, la cuestión de género, la diversidad cultural o el medioambiente) que el concepto clásico que tuvo Nobel en mente.

La Unión Europea no es desde luego, ni pretende serlo, una organización pacifista que renuncia a los ejércitos o al uso de la fuerza cuando pudiera resultar legítima a la luz del Derecho Internacional actual. Nada distinto, en este caso, de lo recogido en la Carta de las Naciones Unidas.

La Unión Europea tiene ciertamente graves responsabilidades en el comercio internacional de armas. Pero al tiempo ha liderado normas y experiencias de desarme y financiado numerosas acciones de paz, reconciliación, desarme y reconstrucción en todo el mundo. Lo uno no compensa lo otro, pero sí excluye lecturas maniqueas.

Si nos atenemos a una lectura literal de la voluntad de Nobel, la Unión Europea ha sido un importante factor para “la reducción de los ejércitos” en Europa en los últimos 60 años por medio de su contribución sin precedentes a la paz en nuestro continente y ha respaldado, además, “el establecimiento y la promoción de procesos de paz” en muchos países.

La UE no sólo ha tenido un papel en Europa (que es lo que el Comité Nobel premia, recordémoslo), es además un importante actor en la comunidad internacional que debe tomar decisiones políticas en situaciones complejas y difíciles. Aún así ha cumplido un papel, en muchos casos protagónico, en bastantes de los mejores avances de la comunidad internacional hacia un mundo más respetuoso con la dignidad de la persona, la paz, la equidad, el desarrollo humano, la igualdad de género y el medioambiente.

Nada más alejado de mi lectura que una visión idealizada de una acción política de 60 años con muchos claroscuros e importantes déficit. Pero si me dicen que el Comité Nobel ha premiado a la UE por “seis décadas de contribución al avance de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa”, debo decir, con cierta perspectiva histórica, que el premio es merecido.

EUROPA ESTÁ ENFERMA... PERO NO MUERTA

José Martín y Pérez de Nanclares

Catedrático de Derecho Internacional Público. Universidad de Salamanca

Jefe de la Asesoría Jurídica Internacional del MAEC

No creo que seamos nada originales si afirmamos que la Unión Europea (UE) atraviesa en la actualidad por un momento extremadamente delicado. Ciertamente crisis de muy dispar naturaleza han acompañado al proceso de integración europeo a lo largo de todo su devenir histórico. Pero en esta ocasión se están viendo afectados los propios cimientos de la Unión y, probablemente por primera vez desde su nacimiento, no resulta descabellado temer por el futuro del propio proyecto integrador.

Esta crisis ha puesto en evidencia que difícilmente puede existir una moneda fuerte y perdurable en el tiempo sin un proyecto político solvente ni unas instituciones comunes eficaces, careciendo de un presupuesto común que merezca tal nombre y de unas políticas fiscal y económica que sean algo más que esa etérea entelequia del ‘método abierto de cooperación’. Y, sobre todo, tampoco puede haber proyecto viable sin un mínimo de solidaridad entre los Estados miembros que conforman el proyecto.

Pero, por desgracia, la realidad dista mucho de ello. Pocas veces se habrá visto un contraste tan notorio entre los demolidores titulares cotidianos de los periódicos y la letra de los tratados constitutivos. No es de extrañar, por tanto, que la UE esté perdiendo todo su atractivo en las opiniones públicas nacionales. Resulta lamentable, pero por desgracia comprensible, que muchos miren a esa Unión más como una amenaza que como un proyecto ilusionante; y resulta más desolador aún que lo sea por intereses y visiones de imposible conciliación.

En efecto, mientras para unos la UE es sinónimo de recortes que conducen a la miseria y a la desesperanza a capas cada vez más amplias de nuestras sociedades, para otros esa amenaza se identifica con la injusta imagen de una caja sin fondo en la que las economías más saneadas del continente se ven obligadas a asumir cargas financieras a favor de Estados que son tachados como gastadores empedernidos. Con este panorama, ya ni los más optimistas podrán ver en este momento los mimbres más elementales de un proyecto común. La enorme disparidad de intereses entre los miembros que conforman la Unión –digamos, por visualizarlo de manera plástica, entre los Estados ‘puros’ del centro y norte y los Estados ‘pecadores’ del sur y de reciente adhesión– ha fracturado el proyecto común europeo y lastra gravemente la construcción de cualquier discurso ilusionante. Y sin proyecto creíble ni discurso común no hay Unión posible en el largo plazo.

Con todo, en mi opinión aún no es demasiado tarde para retornar a la fructífera senda

que el proceso de integración europea siguió desde su creación por los padres fundadores hasta la caída del muro de Berlín. Europa no ha perdido aún (todo) el atractivo que ha tenido durante las últimas seis décadas; de la memoria colectiva no han desaparecido (todavía) los indudables logros conseguidos. No creo que, como afirmaban hace pocos días relevantes intelectuales europeos en un manifiesto a favor de la Unión (“Europa o el caos”), Europa “esté muriéndose”. Ciertamente está enferma; y puede que incluso gravemente enferma. Pero no está muriéndose. Puede curarse.

Eso sí, hemos de ser conscientes que éxitos pasados no garantizan éxitos futuros. El discurso europeo que servía durante la postguerra mundial para nuestros abuelos y durante la posterior guerra fría para nuestros padres ya no es válido para las nuevas generaciones. Y la fuerza impulsora de la inercia que nos lleva empujando durante las dos últimas décadas está tocando su fin. O se adoptan, y pronto, decisiones valientes que inviertan la situación actual y adapten el proceso integrador a los nuevos tiempos o la Unión correrá el serio riesgo de convertirse en una bella reliquia del pasado. Nos guste o no, la salida es, en realidad, bien simple. Políticas comunes, presupuesto suficiente, instituciones robustas y también solidaridad interna son ingredientes imprescindibles para cualquier receta que pretenda dar con una fórmula solvente que resulte atractiva –y también rentable– para todos los Estados miembros.

Cualquier mirada atrás hacia modelos basados en unos Estados soberanos que ya no volverán es pura quimera. En el mundo actual, globalizado y abierto, interdependiente y competitivo, incierto y cambiante, ya no hay sitio para travesías en solitario. Europa, por mucha unión que logre, es muy probable que nunca vuelva a recobrar el esplendor pasado; casi con toda certeza está llamada a convertirse en un actor periférico dentro de un mundo cuyo eje ha girado indefectiblemente hacia el Pacífico y en el que ya no hay posibilidad real de mantener ni el protagonismo internacional ni el bienestar al que nos habíamos acostumbrado. Pero sin una Europa unida cada pueblo o Estado está condenado a situarse en la sombra de la historia. Y, por desgracia, sabemos muy bien cómo es esa sombra que los padres fundadores intentaron desterrar para siempre con la creación de la CEEA y la puesta en marcha del posterior proceso de integración ‘paso a paso’. Como acaba de ser reconocido a través del Nóbel de la paz concedido a la Unión, durante largo tiempo la integración europea ha sido sinónimo de paz, estabilidad democrática, derechos humanos y bienestar en un continente acostumbrado durante siglos a guerras, dictaduras, persecuciones y miseria. El precio de esta grave crisis no puede llevar a enterrar el mayor logro político de Europa durante el último siglo. Pero la curación no llegará caída del cielo. Es tarea de todos nosotros.

FINITUD DE LA MEMORIA Y PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD

María Oianguren Idigoras

Directora de Gernika Gogoratuz. Centro de Investigación por la Paz
Fundación Gernika Gogoratuz

La Unión Europea como agente de paz plantea retos para pensar en la paz y hacer por la paz. La idea de paz como fin, “si quieres la paz, prepárate para la guerra”, ha estado presente en la historia europea desde la antigüedad, sin embargo, la acción por la paz como medio “si quieres la paz, prepárate para la paz” necesita ejercitarse en un sentido dinámico a través de una praxis -pensamiento y acción- que la renueve sobre sí misma. La memoria europea nos recuerda el principio de la ética y la democracia. La memoria mediadora entre acción humana y práctica común en la plaza pública como oportunidad para interpretar su sentido. La finitud de la memoria, en su doble sentido, uno que tiene “finalidad” y responde a un para qué, “el bien común” y otro en sentido “finito”, esto es, que tiene fin y provoca principio. Principio de solidaridad. La finitud en referencia al mundo del límite y su principio donde *“no todo vale, ni en el amor ni en la guerra”*.

Una memoria para recordar que los mandatos culturales y sociales imperantes nos están llevando a sobrevivir en una sociedad global a la deriva. En un declive económico preso de un mercado especulativo sin límite y en una crisis de legitimidad de lo político en su sentido referente, nos estamos planteando cuestiones de difícil respuesta ante las preguntas *“¿de qué vivo?”* y *“¿para qué vivo?”*, inevitablemente unidas a cuestiones complejas cuando el principio de solidaridad está en quiebra frente a las pérdidas de un mercado que impera con impunidad. Y la vida de los otros *“¿a quién importa?”*, más allá de una retórica que predica “austeridad” sin reivindicar “creatividad”.

La arquitectura institucional europea debe procurar medidas de regulación política y económica ante los mercados financieros, profundizar en los derechos humanos y potenciar los deberes comunes para contribuir a la construcción de una convivencia social, cultural y económicamente sostenible. Economía como medio y no como fin para una convivencia renovada. Economía de paz. Por eso, conviene recordar que una acción con imaginación nos indica “cómo hacer” para el “bien hacer”. Nada es fácil. La épica está en el imaginario europeo pero la ética también, desde que alumbró una manera de comprender los principios de lo personal y colectivo a partir de una acción democrática, imperfecta e incompleta eso sí, pero también encaminada al bien común, por ello, la ética no puede agotarse en sí misma, sino renovarse sobre uno mismo.

El premio Nobel por la Paz otorgado a la Unión Europea nos recuerda que las confrontaciones bélicas están ausentes en los campos de batalla europeos, sin embargo, no debe hacernos olvidar que las injusticias, las desigualdades y los proyectos de carácter uniforme

están presentes en nuestras vidas. Se hace necesaria una reflexión ética y una acción para la paz que ofrezca respuestas ante la complejidad de la vida, su sentido, principio y fin. El desafío para habilitar escenarios de convivencia, no violenta ni violentada, sin contradicción entre medios y fines, a través de la justicia y el amor, la fuerza y la ley, nos invitan a dar claves de interpretación ante un viaje incierto “¿a dónde vamos?”. En este viaje, no obstante, no estamos solos, nos acompañan las “*cartografías de la memoria*” y los “*paisajes éticos*” y nos toca decidir para actuar sobre la desconfianza y reactivar las capacidades humanas ante los retos de una convivencia solidaria en Europa. La palabra, una memoria mediadora y la acción por la paz proponen nuevos lenguajes de interpretación que den significado a realidades de convivencia renovada. Una Europa renovada sobre sí misma, de manera real como la ética y la democracia, ante las pérdidas y solidariamente, como una más, en un mundo diverso y plural.

LA UNIÓN EUROPEA: UN MODELO DE GOBERNANZA REGIONAL, UN ACTOR ESCASO DE SEGURIDAD GLOBAL

Beatriz Pérez de las Heras

Catedrática de Derecho de la Unión Europea. Universidad de Deusto

Desde sus orígenes en las Comunidades Europeas, la Unión Europea (UE) ha constituido un ejemplo de multilateralismo exitoso, un modelo de gobernanza política y económica, que ha reportado paz y prosperidad a Europa. La paz es el indicador más rotundo del éxito de la UE como comunidad política supranacional: nunca se ha conocido un período de paz tan largo en el viejo continente como los últimos 62 años del proceso de construcción europea. La paz en Europa se da por supuesta y ello es un logro remarcable que bien merece un Premio Nobel.

Además, uno de los rasgos destacados de la UE, como proyecto de unión política, es su carácter democrático, ya que el imperio de la ley y los principios propios de un Estado de Derecho gobiernan las relaciones entre los Estados miembros y no el uso de la fuerza. Es así como la pertenencia a la UE ha contribuido a consolidar la democracia en todos los Estados miembros y, especialmente, en aquellos surgidos de largos períodos de totalitarismo. El proceso de integración europea ofrece, por tanto, un nuevo paradigma de democracia transnacional, cuyo ejemplo puede inspirar otros procesos regionales en marcha (vgr.: la Comunidad Caribeña, la Unión de Naciones Suramericanas, la Unión Africana, etc).

A lo largo de los últimos 20 años, la UE ha intentado exportar su propio modelo y convertirse también en un agente *ad extra* de paz y seguridad en el mundo. Especialmente en la última década, la UE ha intentado jugar un papel activo en conflictos regionales, la mayoría localizados en África y Oriente Medio (República Democrática del Congo (RDC), Sudán, Chad, Palestina, etc). La política exterior y de seguridad de la UE se traza como prioridades promover la democracia, los derechos humanos y la reconstrucción de las instituciones básicas en los Estados fallidos. Los instrumentos de que se sirve para alcanzar tan altos ideales son la diplomacia, la cooperación, la mediación y la resolución pacífica de conflictos. Con todo, dejando aparte unos pocos casos, como la operación *Artemis* en RDC, la UE ha tenido escasos resultados como actor de seguridad internacional. La incapacidad observada se debe en gran medida a que, a diferencia de otros ámbitos de su acción exterior (comercio, cooperación al desarrollo, ayuda humanitaria, etc), los Estados miembros no han transferido las competencias y los medios suficientes para que la UE pueda responder eficazmente a las amenazas globales en este siglo XXI (terrorismo, seguridad marítima, escasez de recursos naturales, armas de destrucción masiva,...). En consecuencia, la UE sigue actuando en base a una política exterior de baja intensidad, más preocupada en la imagen, que en la acción común efectiva.

Los Estados europeos, individualmente, son demasiado pequeños para encarar los desafíos que se ciernen actualmente sobre la seguridad internacional y, sin embargo, algunos de ellos no miran a Europa como un poder que debe proyectarse al mundo exterior. En consecuencia, la falta de intereses paneuropeos, la ausencia de una visión estratégica común y la fragmentación política y jurídica de su acción exterior merman la credibilidad de la UE como actor de paz y seguridad global.

En estos momentos especialmente difíciles para la integración europea, la UE no puede mirar sólo hacia dentro, sino también hacia fuera y jugar un papel activo en la gobernanza global.

Desde esta perspectiva, además de avanzar en la integración económica, es necesario unificar la acción exterior, lo que requiere buenas dosis de voluntad política por parte de los Estados miembros. Sólo la integración de la política exterior y de seguridad podrá transformar a la UE en un agente de paz, no sólo *ad intra*, sino también *ad extra*, en una potencia de influencia relevante en el contexto multipolar actual. Una acción internacional exitosa reforzaría además la identidad europea, así como la importancia de la paz y la democracia como valores comunes.

LA UNIÓN EUROPEA Y EL NOBEL DE LA PAZ: MÁS VALE TARDE QUE NUNCA

João Diogo Pinto

Secretario General del Movimiento Europeo Internacional (EMI)

En la última reunión de la Asamblea Federal del Movimiento Europeo Internacional, celebrada en Bruselas en mayo de 2012, se aprobó una resolución instando a la Junta y la Secretaría para movilizar la red MEI en la promoción de la candidatura exitosa de la Unión Europea al Nobel de la Paz. El 10 de diciembre de 2012, en Oslo, la UE fue galardonada con el Nobel de la Paz.

Más que un éxito del MEI, el premio reconoce las contribuciones que el proceso de integración de la UE ha hecho, desde hace más de seis décadas, al avance de las causas de la paz y la reconciliación, la democracia y los derechos humanos en Europa. Sin embargo, este premio llega en un momento de crisis profunda y muchas divisiones entre y dentro de las sociedades europeas, en una forma y dimensiones que no se habían visto desde la Segunda Guerra Mundial.

Esta paradoja –el reconocimiento de sus méritos en un momento muy difícil para el proceso de integración europea– ha dado lugar a un apasionante debate sobre los logros y las deficiencias de la construcción europea y, lo más importante, sobre el papel de la Unión Europea en la promoción de la paz.

Debo confesar que me sorprendieron algunas de las duras críticas a la decisión del Comité Noruego de conceder el Premio Nobel de la Paz a la UE. Sin duda, la UE no es perfecta, y es justo criticar muchos aspectos de su estructura y funcionamiento; pero negar su enorme contribución al avance de la paz en Europa (e incluso en el mundo) es de una ceguera contundente.

En el fondo, el proyecto europeo siempre ha aspirado a promover la paz en una región del mundo que, más de una vez, ha sido sinónimo de guerra y violencia. El rotundo éxito en sus objetivos ha provocado que pocos europeos sean conscientes de este gran logro. A su vez, son cada vez menos los que han experimentado la guerra de primera mano y, por otra parte, la ciudadanía europea ha ido olvidando el horror vivido perdiendo el temor a su repetición. Algunos incluso sugieren que la guerra terminó hace tanto tiempo que necesitamos una nueva razón para justificar la UE... Pero los logros de Europa no se limitan a más de sesenta años de paz sostenible: el logro más grande, cuya importancia sigue creciendo, ha sido la creación de un nuevo modelo de hacer política que hace hincapié en la inclusión sobre la exclusión, la cooperación sobre la confrontación y en el poder civil sobre el poder

militar. Actualmente, la UE no está sólo en paz consigo misma, sino que no representa una amenaza para los demás, y se erige como un ejemplo para la comunidad internacional. Sí, ciertamente, la Segunda Guerra Mundial terminó hace mucho tiempo, pero la UE continúa mostrándonos cómo las guerras no deben volver a ocurrir jamás.

No se puede dar todo el mérito de la paz en Europa a la integración, pero mucho menos se hubiera logrado, o no tan exhaustivamente, ni tan rápidamente, ni siquiera con efectos tan duraderos, sin el enfoque cooperativo proporcionado por el proyecto europeo. La construcción nos animó los europeos a trabajar juntos, a acordar objetivos comunes, a derribar las barreras comerciales, y a profundizar y ampliar el alcance de las ideas democráticas y de libre mercado. Nos ofreció una hoja de ruta para la resolución pacífica de los conflictos, y nos animó a trabajar juntos en la construcción de relaciones económicas y sociales de una manera que significó el fin de la competencia política y militar que fue, por tanto tiempo, parte del orden normal de negociar en Europa.

La adjudicación del Nobel de la Paz 2012 a la UE es un recordatorio contundente de los principios básicos y de los impresionantes logros de la construcción europea. Debe, por ello, servir como fuente renovada de orgullo para todos los europeos, especialmente importante porque llega en un momento lleno de retos fundamentales para los objetivos que representa la UE.

Si bien el Premio Nobel no debe (ni puede) ocultar el fondo de la crisis en la zona euro, la dolorosa austeridad y el alto desempleo que afectan a millones de europeos, nos ofrece la oportunidad, a la ciudadanía y responsables políticos por igual, de poner en marcha la innovación y el impulso necesarios para superar la crisis y retomar el camino de la paz, del desarrollo y de la justicia social, en Europa y en el resto del mundo.

UN PREMIO NOBEL PARA ERASMUS

José Poza
Vocal de EUROBASK

La Unión Europea ha recibido merecida, aunque tardíamente, el Premio Nobel de la Paz 2012.

Este galardón es un homenaje a los padres fundadores que en 1950, tan solo cinco años después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, en un continente dividido y marcado por las cicatrices de la guerra, tuvieron la visión y la valentía de lanzar la idea de que únicamente a través de la colaboración y la concertación podrían superarse décadas de enfrentamiento y conflicto.

Es la reivindicación de un proyecto innovador y visionario que ha permitido superar las rivalidades y unificar Europa por medios pacíficos y a través de principios y valores comunes como los derechos humanos, la democracia y el Estado de Derecho.

Es, en estos momentos de crisis e incertidumbre, un recordatorio de que el proceso de integración debe seguir consolidándose y avanzando en la unión política para garantizar la viabilidad del modelo social europeo, ahora en entredicho.

Y es, también, un reconocimiento a lo que el novelista y filósofo italiano Umberto Eco ha denominado “la primera generación de jóvenes europeos”: esos casi tres millones de jóvenes que gracias al programa Erasmus han estudiado, vivido y amado en otro país europeo.

Pero el Premio llega tarde. Probablemente con 20 años de retraso. En 2012 el galardón debería haber recaído, precisamente, en esa primera generación de jóvenes europeos, justo cuando el programa Erasmus cumple un cuarto de siglo.

Erasmus, uno de los programas europeos más exitosos y populares, demuestra que Europa también se puede y se debe construir desde la ciudadanía y desde las aulas.

Desde su nacimiento en 1987, Erasmus ha proporcionado a unos tres millones de jóvenes europeos la posibilidad de desplazarse a otro país para cursar estudios superiores o realizar un periodo de prácticas en una empresa.

Es indudable que Erasmus ofrece a los jóvenes una experiencia académica internacional enriquecedora que aporta visiones y enfoques diferentes de la realidad. En lo profesional, el conocimiento lingüístico, la propia experiencia internacional y la capacidad de adaptación

de los jóvenes erasmus son competencias altamente valoradas en el mercado de trabajo europeo. Es además, la generación europea más cualificada y preparada para la sociedad del conocimiento que demanda Europa.

Pero el programa Erasmus es mucho más. Estos jóvenes que han aprendido otra lengua, han conocido otra cultura y otras costumbres son, realmente, quienes perciben y viven de primera mano lo que significa la Unión Europea. Para ellos, el proyecto europeo es algo concreto y real. Son vitalmente ciudadanos europeos. Son ellos los que construyen ciudadanía europea; en definitiva, más Europa.

Esta movilidad estudiantil, que en la Unión Europea actual resulta tan habitual y convencional, era impensable hace poco menos de un siglo, en la época de entreguerras, donde la escuela era utilizada para fomentar el odio contra los pueblos vecinos.

En estos momentos de recortes presupuestarios, programas e iniciativas como Erasmus que fomenten la movilidad y el intercambio de jóvenes y estudiantes son más necesarios que nunca para consolidar el proyecto europeo y fortalecer la ciudadanía europea.

En 1950 la Declaración Schuman decía que Europa “se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho”. El programa Erasmus es una de esas realizaciones concretas y tangibles que han generado solidaridades concretas y que favorecen esa unión más estrecha entre los europeos.

Porque los lazos que generan los Erasmus forjan amistades y amores que diluyen fronteras.

UN RECONOCIMIENTO JUSTO, TARDÍO Y... ¿CONTRAPRODUCENTE?

Javier Uncetabarrenechea Larrabe

Doctor en Ciencias Políticas y Sociología. Especialidad Ciencias Políticas
Profesor de Relaciones Internacionales. UPV/EHU

El estallido de una nueva Gran Guerra, la idea de un conflicto a gran escala en Europa, el miedo a que toda una generación tenga que ir a morir o matar en un tenebroso campo de batalla, resulta hoy en día impensable y tan sólo parece tener cabida en un sombrío relato de ciencia (política) ficción. Una rápida mirada a la Historia nos demuestra hasta qué punto este período de paz resulta excepcional en nuestra Historia. Tan sólo por este logro fabuloso, la reciente concesión del Premio Nobel de la Paz a la UE estaría más que justificada. El problema reside en que dicho reconocimiento sea percibido como un aval acrítico a las políticas de la actual Unión Europea.

Los impulsores del proceso acertaron en el diagnóstico del problema: una visión absoluta de la soberanía estatal, junto con un nacionalismo exacerbado, cuidadosamente impulsado durante algo más de un siglo, llevó a Europa al desastre. Establecida ya la causa principal, había que buscar una solución ya que la Historia nos demuestra que no bastaba con declaraciones (y procesos) voluntaristas para evitar la guerra. La solución era, tal y como se afirmaba en la Declaración Schuman, conseguir que la guerra entre Francia y Alemania se volviera “no ya impensable, sino materialmente imposible”. La solución propuesta resulta a estas alturas bien conocida (compartir soberanía en el marco de una organización supranacional) pero todavía hoy no deja de sorprender su audacia y carácter innovador. La misma idea de una soberanía compartida parecía una contradicción en términos pero dio con la clave para resolver el problema. El sector elegido para realizar este experimento sin precedentes (el carbón y el acero) no fue casual. La creación de una Alta Autoridad supranacional en un sector tan íntimamente ligado a la producción armamentística hizo realidad la Declaración Schuman: la guerra entre Francia y Alemania (y por tanto europea) se volvió no sólo impensable, sino materialmente imposible.

Este éxito animó a los impulsores del proceso de integración europea a proponer un proyecto mucho más ambicioso: la creación de la Comunidad Europea de Defensa (CED). En un momento crítico en la historia de Europa una pequeña élite planteó una solución audaz e innovadora (compartir soberanía en el seno de una organización supranacional) que difícilmente podría ser aceptada mayoritariamente por una ciudadanía que todavía tenía muy presente el odio y los horrores de las dos Guerras Mundiales. Su fracaso y el triunfo de un enfoque funcionalista, plasmado en la creación del Tratado de la Comunidad Económica Europea, salvaron el proyecto pero con efectos que a futuro se han demostrado contraprodu-

centes. La élite que impulsaba el proceso de integración se acostumbró a huir de toda forma de participación activa y consciente de la ciudadanía, que se juzgaba peligrosa para la supervivencia de un proyecto vital para Europa. Este miedo a escuchar de verdad a la ciudadanía europea, junto con una apuesta decidida por una espiral de reformas en clave de mercado, son las causas principales de la actual crisis del proceso de integración.

La concesión del Premio Nobel a la UE por su contribución alrededor de seis décadas “al avance de la paz y la reconciliación, de la democracia y los derechos humanos en Europa” es sin duda un reconocimiento tan justo como tardío. La UE, sus altos cargos y los principales dirigentes de los países europeos, sus políticas y horizontes tan radicalmente pobres, egoístas y cortoplacistas, no resisten la comparación con la audacia, la capacidad de innovación y la altura de miras de quienes tuvieron que responder al desafío de reconstruir Europa tras la Segunda Guerra Mundial y el inicio de una Guerra Fría en la era de la bomba atómica. Los méritos pasados no pueden hacernos olvidar la crítica a una UE que ni está a la altura en el presente ni parece tener muy claro cuál va a ser su papel en el futuro. El verdadero drama reside en que Europa es más necesaria que nunca y que las miserias actuales del proceso de integración pueden hacer que toda una generación lo olvide.